

Begoña Valcárcel



La séptima hija

La séptima hija

Begoña Valcárcel

La séptima hija

o

LA HIJA DE EN MEDIO

O

LA PRINCESA CANTORA

O

LA HISTORIA DE LA FAMILIA MARTÍNEZ

CONTADA POR LA HIJA DE EN MEDIO

O

LA MENOR DE LOS MAYORES O LA MAYOR

DE LOS PEQUEÑOS.

Por María de Aránzazu

Copyright © 2000 Begoña Valcárcel

Todos los derechos reservados/All rights reserved.

Registro propiedad intelectual: B-37791-2000

ISBN-10: 1505265800

ISBN-13: 978-1505265804

AGRADECIMIENTOS

A Marina, que consiguió poner en marcha la máquina.

A Teresa, que leyó las tres primeras páginas y me animó a seguir, diciendo: "...¡qué divertido, yo quiero leer el final!..."

A Imma, Eduard, Dolors y Montse, que descubrieron la escritora que había en mí y me animaron a continuar.

A mis incondicionales amigos, que han leído y releído estas páginas y me han ayudado mucho con sus comentarios.

A Montse, María Pilar y Marta, que me ayudaron a corregirla.

A mis hijos, Joan y Anna, porque para ellos empecé a escribirla.

Y sobre todo a mi "familia" que es el verdadero artífice, ya que sin ellos nunca habría podido escribir esta historia.

Índice

	Agradecimientos	i
	Prólogo	ii
	Introducción	v
0	Juana Antonia	1
1	Recuerdos de mi niñez	3
2	El colegio de Murcia	29
3	Un curso en Valencia	37
4	El campo	41
5	El campo con mis abuelos	49
6	Recuerdos de La Fontana	55
7	En el pueblo de mi madre	61
8	Cosas del pueblo de mi padre	69
9	Mis hermanos mayores	79
10	Mis hermanos pequeños	85
11	Las Bodas de mis hermanas	93
12	Mis novietes	97
13	Cuando fui mayor	101
14	Quién es quién	105
15	Último. Consideraciones finales	109

PRÓLOGO

Esto que leeréis a continuación (si tenéis suficiente paciencia) no es un cuento para niños ni tampoco una novela para adultos. Es para gente divertida, para los mayores que aún saben tener ilusiones. Pero también es para los niños de la generación de la tele, que tantas veces preguntan, – extrañados de que no tuviéramos tele cuando los adultos de ahora éramos pequeños – ¿Y entonces, tú que hacías?

Esta es la historia de mi vida en la versión apta para todos los públicos, la otra, la no tolerada, ya no es tan divertida y no sé si algún día la escribiré. Aún está muy reciente, pero sobre todo es que aún no sé el final.

Todo lo que explico es verdad, aunque algunas cosas no sé si me las invento ahora o me las inventé cuando era pequeña. En todo caso han pasado por mi cabeza, o por mi vida en un momento u otro. Pero las cosas más divertidas sí que pasaron de verdad, porque yo no sabría imaginar cosas tan curiosas. Bueno, a lo mejor me he inventado un pelín más de lo que creo, pero por lo menos sí que recuerdo que una vez fui pequeña. ¡Eso seguro que sí es verdad!

¡Ah! Le he puesto varios títulos porque no me he podido decidir por uno.

Y es que yo lo tengo todo muy claro, pero siempre he sido muy indecisa.

Cuando voy a comprarme algo es normal que salga con dos pares de zapatos, o tres camisetas iguales. Una de cada color. O dos abrigos. Yo, si tuviera dinero, tendría dos casas, dos coches, dos hijos y hasta dos maridos. ¿Por qué no?

Pero eso es normal que pase, yo tengo muchos amigos a los que también les gusta tenerlo todo repetido.

Por cierto que yo tengo un tío que sí que tiene dos familias, pero de verdad. Con dos casas, dos mujeres y un montón de hijos en cada casa. Y además que vive en una ciudad pequeña y creo que no lo sabe nadie más que él y mi madre, que me lo ha contado. Y a lo mejor una de las dos mujeres también lo sabe. Y ahora, que también lo sabéis vosotros, y yo.

Tengo que reconocer que mi familia es un lío tremendo, con tanta gente. Pero no os extrañe, hay amigos que nos conocen desde hace mucho tiempo y aún no se aclaran. O sea, que si queréis enteraros de algo, empezad por el final, porque como yo ya sé que es un lío, al final explico quién es quién.

Como es fácil imaginar, los nombres no son de verdad, porque si lo fueran, en mi casa no me dejarían volver a entrar. Ellos ya saben que soy un poco bestia, pero bueno, esto sería pasarse.

Y estoy pensando que a lo mejor tengo que poner un diccionario de sinónimos, porque también

hay unas cuantas palabrejas que os van a sonar a chino.

INTRODUCCIÓN

Esto es la historia de la vida de una niña. Una niña que tuvo la desgracia de nacer a mediados del siglo pasado, en el seno de una familia acomodada en la ciudad de Murcia. En pleno apogeo de la dictadura del Generalísimo y en una época en la que no había televisión, ni bolígrafos, ni bolsas de plástico, ni otras muchas cosas que ahora se consideran imprescindibles, como una habitación individual con cama, mesa, armario, minicadena, ordenador personal, videoconsola y, cómo no, televisión. En color, por supuesto, que ya nadie se acuerda de que una vez fue en blanco y negro.

Bueno, digo que tuvo la desgracia de nacer hace tanto tiempo porque se perdió muchas cosas, pero tuvo otras muchas que, como podréis comprobar, también eran buenas. También podréis comprobar que no hay nada mejor que vivir en una higuera, “cosa” que los niños de hoy día no saben si se enchufa, si se come cruda o si crece en el desierto o en la pampa argentina.

Vosotros mismos...

0 JUANA ANTONIA

Juana Antonia tenía diez años cuando entró a servir en casa de los señores que con el paso del tiempo, y por una de aquellas casualidades de la vida, se convirtieron en mis abuelos. Ella era de Yeste, de una pequeña aldea llamada Las Quebradas, situada en las serranías del Segura, en lo más recóndito de Albacete, entonces provincia de Murcia. Se ganaban la vida cuidando cabras y tejiendo el esparto, único recurso en la zona, para hacer albaharcas, cestos de todas clases, sogas y aguaderas, para llevar los cántaros en burros, a buscar agua donde la hubiera. Como era costumbre en aquella época, a las niñas las ponían a servir en cuanto podían, es decir, en cuanto los padres encontraban una casa donde las quisieran coger tan pequeñas. Mis abuelos se habían casado hacía poco y como necesitaban servicio, se pusieron en contacto con la familia de Juana Antonia. Ella, y su hermana Brígida, cuatro años mayor que ella, fueron a servir a casa de mis abuelos, y fue así como empezó esta historia.

Como era muy pequeña, al principio su trabajo en la casa consistía en ayudar a Brígida en lo

que podía e ir aprendiendo. Al cabo de poco los señores tuvieron su primer hijo, y así, Juana Antonia pasó a cuidarse del señorito, que fue como lo llamó ella hasta el fin de sus días. Un día el señorito se casó con mi mamá, y el regalo de bodas fue Juana Antonia. Mi mamá pasó a ser la señorita, y Juana Antonia, la cocinera. Y entre potaje de garbanzos y potage de alubias, fue pasando el tiempo, y naciendo hijas, una detrás de otra. Tras cinco años de sentirme la reina de la casa, mi mamá tuvo otra hija, y yo quedé relegada, como anteriormente lo fueran mis hermanas. Y mi camita, que hasta entonces continuaba ocupando su lugar en la habitación de los papás, fue trasladada a la habitación que Juana Antonia compartía con sus sobrinas, Pura y Maruja, en el piso de abajo. Lejos, muy lejos de mis papás.

1 RECUERDOS DE MI NIÑEZ

Yo soy la séptima hija de una familia de once hermanos. Casi todos niñas. Ocho niñas para ser exactos, todas seguiditas, con un niño al principio y dos al final, para abrir y cerrar la función, como está mandao.

Yo soy de la época del nylon y del duralex y también del pesiglás, porque casi todo lo que hay ahora, se inventó cuando yo era pequeña.

De pequeña en Murcia

Cuando yo era pequeña vivía en una casa muy grande.

Recuerdo la gran escalera de mármol que subía desde la calle. Tenía una barandilla de hierro, con una terminación de madera que acababa en una cabeza de león y ¡cómo no! Servía para bajar por ella, ¡quiero decir la barandilla, por supuesto, por la escalera no tendría gracia! Pero sólo bajábamos el último tramo porque desde el tercer piso era muy peligroso y en las curvas salías despedida contra el duro y frío mármol.

La casa estaba en una calle estrechita, en la parte vieja de Murcia. Tenía dos pisos, y los dos pisos tenían salida a la escalera, aunque había otra escalera por dentro, de madera, que hacía mucho ruido cuando subías por la noche a oscuras. Es curioso, pero de día no hacía ruido. Por eso mi hermana Carlota me hacía ir a mí delante por la noche, para que encendiera la luz y poder subir ella sin que la escalera hiciera ruido.



¡Qué mona!

Mi hermana tenía cuatro años más que yo y mucha más fuerza, por eso supongo que no me daba miedo subir con la escalera toda oscura. ¡No sé porqué no se encendía la luz desde abajo!

En el piso de arriba estaban las habitaciones de dormir, y una muy grande que servía para todo, donde mi madre cosía vestiditos para nosotros, con la modista, una señora que se llamaba Angustias y era muy gorda, que venía todos los jueves a ayudarle a mi madre.

También había un terrao donde estaba la pila de lavar y Pura pasaba mucho rato allí lavando la ropa, porque éramos muchos y no se habían inventado aún las lavadoras. Cuando compraron la primera lavadora la pusieron en una habitación que no sé para qué servía, porque allí nadie hacía nada, y no tenía ni cama ni nada y que estaba al lado del terrado. Tenía dos cosas redondas para sacar por allí la ropa y era muy divertido cuando me dejaban hacerlo; ¡lo ponía todo pingando!

Pura era la señora que hacía casi todo en la casa. Era la sobrina de Juana Antonia, que era muy vieja porque había cuidado a mi padre cuando era pequeño y mi abuela se la dejó/regaló a mi padre cuando se casó con mi madre. También estaba Maruja que se ocupaba de llevarnos a Santo Domingo a jugar. Era muy alta y muy guapa, por eso supongo que se casó pronto porque no me acuerdo que estuviera muchos años cuidándonos. Creo que era hermana de Pura. Tenía un novio que trabajaba en algo de hacer papel, no me acuerdo bien de él pero creo que era guapo, aunque según oí decir a alguien se ve que era un sinvergüenza.

Pura también era muy guapa pero más bajita y también se casó, pero después, con un novio feo y bajito y a ése sí que lo conocía yo bien. Creo que también era un sinvergüenza, aunque no tanto como el otro, pero a mi madre tampoco le gustaba.

Juana Antonia no se casó, y se murió en el pueblo, de vieja, cuando yo estaba en París. No la vi, pero mi madre me explicó que cantaba canciones de niños pequeños, cuando ya casi se estaba muriendo.

Yo dormía con ellas. Fue cuando nació mi hermana Lola, que no había sitio para mí en la habitación de mis padres y bajaron el camón a su habitación. En esa habitación soñaba que estaba en la selva y me perseguía un león, y yo me caía en una trampa para animales. Y me despertaba en el suelo, y no sé ni cómo, porque el camón tenía unas barandillas muy altas. No sé a dónde ha ido a parar, no está en ninguna casa. Es divertido que se llamara camón porque la verdad es que era

como una cama, pero más pequeña, con barandillas y mucho más grande que una cuna.

Otras veces soñaba que me moría y nadie se enteraba. O que me moría para fastidiar a los mayores y que mi padre tuviera que llorar y se arrepintiera de lo malo que había sido conmigo. Pero me alegro de no haberme muerto, porque si no, no podría contar todo esto.

En las vacaciones de Semana Santa siempre nos llevaban al pueblo de mi madre. Luego seguiré explicando lo del pueblo, porque es muy largo y muy bonito.

Lo curioso es que en mi casa, que tenía por lo menos diez habitaciones, sólo había dos “cuartos de dormir” y tres camas. La habitación de mis padres y la de las dos mayores, con unas cortinas de color rosa muy bonitas, con lacitos y volantes en azul y las colchas a juego, todo muy conjuntado. Las dos camas de la habitación de mis hermanas eran muy grandes, esas sí, de aquellas que dicen de obispo. Y por la noche, empezaban a salir camas no se sabe de dónde y toda la casa quedaba convertida en cama. Entonces Juana Antonia decía que jugábamos al juego de los tendíos y que ya no se veía el suelo y cosas por el estilo. Bueno, el mayor sí que tenía una habitación con una cama para él solo, (porque era un niño) que también se escondía por la mañana. Pero como estaba en el piso de abajo, no cuenta.

Mi padre tuvo una tienda de muebles y por lo visto se dedicó a comprar todas las camas plegables que existían. Y a pesar de tener tantas camas escondidas yo siempre he dormido con alguna hermana. Casi siempre Carlota, para variar, que me daba patadas aunque la cama fuera de obispo.

Mi hermana, la que me sigue a mí, la intrusa, fue la culpable de que me sacaran a mí y a mi camón de la habitación de mis padres. Y eso que yo ya tenía cinco años. Menos mal que nació, porque sino igual llego a los veinte y sigo durmiendo con mis padres.

Me olvidaba del personaje más importante de la familia, ¡Don Palomo! Era el médico, que estaba más tiempo en mi casa que en la suya. Bueno, no se llamaba así, pero nosotras se lo decíamos porque llevaba pajarita y un bombín y siempre lo pintábamos en todas partes, hasta en las paredes, dos bolitas –la cabeza y el sombrero–, con su pajarita.

Antes de vivir aquí, mi familia vivió un tiempo en una casa que por la ventana se veía el interior de una casa de ésas de... y mi madre veía todos los señores elegantes y conocidos de Murcia desfilar por allí. Pero luego se cambiaron, porque no era plan. Y como mi madre no es una cotilla, pues no tenía ni pizca de gracia.

En Murcia no hacía frío en invierno, pero te salían sabañones en las manos y en los pies, que picaban mucho, y para eso no servía lo de sana sanica. Y sobre todo aquel año que nevó, la única vez en mi infancia que vi nieve. No pudimos ir al colegio, y nos quedamos intentando hacer un muñeco de nieve en el terrao, como los que habíamos visto en los cuentos que nos traían los reyes ¡con su bufanda y su zanahoria y todo!. Y aunque nos quedó un poco sucio era muy bonito

Mi otro hermano

Además de todos los hermanos que he dicho, tengo otro, aunque casi nadie lo sabe. Y éste es solo mío, porque no es hermano de mis otros hermanos. Es como un hermano mellizo porque tiene los mismos años que yo. Y yo también tengo otra madre que es la madre de mi otro hermano. Mi otra madre se llamaba Ama, y nos daba de mamar a su otro hijo y a mí. Por eso decían que era mi hermano de leche, y un día nos vimos cuando ya éramos mayores y nos dio mucha vergüenza a los dos.

¿Cuándo nació?

Yo estuve celebrando mi cumpleaños el día 21 de febrero hasta que cumplí diecisiete años, cuando mi padre me llevó a sacarme el carnet de identidad y tuvimos que llevar una partida de nacimiento. Resulta que había nacido el 23. Pero lo más gracioso es que nadie sabe seguro ahora cuando fue que nací, porque mi madre sigue diciendo que no, que fue el 21 pero que me inscribieron el 23 porque mi padre fue ese día al registro. Total que la gracia es que no sé si soy Piscis o Acuario. Lo único que mi madre sabe seguro es que casi me muero y que era el día de Santa Magdalena, porque se fueron todos a ver la corrida de toros. Pero tampoco sabe si fue ese día cuando nací, dice que puede que fuera antes del día de Santa Magdalena, pero después seguro que no. ¡Es un consuelo!



Y aquí con el ama

La verdad es que el asunto tiene delito. Que no se acuerden si pasé las paperas o el sarampión, aun se puede entender. Y encima me dice mi madre que no importa, porque además soy más lista porque pasé casi una encefalitis y no me morí, y por eso resulta que el cerebro s'espabila. Ya ves, ¡quien no se consuela es porque no quiere!. O sea, que no soy ni chicha ni limoná. Por eso ni siquiera puedo ir a que me echen las cartas, nadie se aclara conmigo. Lo primero que te preguntan es que cuándo naciste y ¡cómo voy a decir que no lo sé!

Y luego, para acabarlo de arreglar, mi padre me pone once “nombres de pila”. De eso sí se acordó. Primero mi nombre, que es compuesto; María de Aránzazu, luego el del día en que nací. ¡Cielos, acabo de descubrir cuándo nací! Porque me pusieron Florencia y no Magdalena. Y luego los nombres de mis cuatro abuelos, Santos y Adrián, pero primero las abuelas; Juana y Pelegrina y después Darío, como un hermano de mi padre que se murió en Rusia, con los de la División Azul, que se murieron casi todos de frío. Y para acabar. Los tres reyes magos, para que me pusieran muchos regalos. O sea que también me llamo Melchor, Gaspar y Baltasar. Y todo eso lo pone mi partida de nacimiento. ¡Por suerte, que si no, nadie se acordaría! Y también pone que soy nieta de mi abuelo, por si alguien no lo sabía. Y eso ya sí que no es normal, pero como nací en Valencia y él allí era un señor importante...

Mi nombre me lo pusieron

Es que me da vergüenza hasta explicarlo. Mis padres ya no sabían que nombre ponerme y tuvieron que recurrir al de una “madrina de guerra” que tuvo mi padre cuando estaba en el frente, que se ve que se ocupaba de escribirle cartas y mandarle paquetes con cosas, calcetines y

chorizos o algo así. Era más o menos, como si fuera su novia, pero sin serlo, porque entonces mi padre no era novio de mi madre. Se hicieron novios cuando se acabó la guerra, cuando volvió y la vio tan guapa... y mi padre también era tan guapo, que se casaron.

Las higueras y yo

Cuando era pequeña la mitad de mi vida la pasé encima de una higuera. En los dos sentidos, o quizás toda la vida porque cuando no era de verdad era en el sentido metafísico, ¿se dice así o será alegórico? Igual queda mejor decir alegórico. Vamos, que estaba siempre "en Babia" por lo menos eso es lo que decían los mayores. Pero no es verdad, o si no, ¿cómo es que me acuerdo de todo esto? Cuando en el cole la monja empezaba a hablar sí que se me iba el santo al cielo, pero ¡Era tan bonito soñar despierta!

En las higueras del campo, en "El puerto", me inventaba muchas novelas, lo que pasa es que nunca tenía papel para apuntarlas y ahora ya no me acuerdo de ninguna. ¡Qué pena, porque seguro que eran muy bonitas!

También soñaba que era hija única y que tenía a mis padres para mí sola y me compraban todos los juguetes que quería y se pasaban el día haciéndome mimos y que me llevaban a pasear y me compraban "chambis" en Santo Domingo, en vez de ir con Maruja y un montón de hermanas. Pero luego, cuando bajaba de la higuera, me iba a mi casa y tenía que enfrentarme con la dura realidad de mis innumerables hermanos. Entonces era tan divertido que se me olvidaban mis sueños y no me volvía a acordar de mis problemas.

Para merendar también me subía a una higuera que estaba más cerquita de la casa, con un tomate y un trozo de pan y chocolate y mi navaja, que me la compraba mi madre en el quincallero, cada vez que venía, porque siempre la había perdido.

Mis contradicciones

Tengo que reconocer que yo, de pequeña, era una niña muy rara. Siempre estaba ensimismada en mis pensamientos y hablaba poco, o casi nada, si no me preguntaban. ¡O ni eso, casi ni contestaba! A veces me repetían las cosas varias veces y no me enteraba, tan en mis cosas que estaba yo. Tanto era así, que mi madre me llevó al médico a ver si es que estaba sorda. Pero no. Es que iba a mi aire. Tenía, como dicen, una gran vida interior. Como todo gran escritor.

Mi madre me decía que yo era el espíritu de la contradicción y a lo mejor tenía razón, pero yo todavía no lo he descubierto.

Cuando vivía en Murcia de pequeña decía con orgullo que era de Valencia, y cuando viví en Valencia decía que era de Murcia. Ahora no sé de dónde soy, puntualizo: soy de Murcia pero nacida en Valencia. Es que no sé... En Murcia viví hasta los 14 años pero algunos los pasé en Valencia, porque nací allí, en una casa enfrente del río, que se ve que antiguamente desde allí se veía el mar a lo lejos y delante de mi casa había un sillón de piedra donde se sentaba no sé qué rey a ver el mar. Luego volví a Valencia y estuve unos años allí. Después viví en París y luego en Barcelona y al final aterricé, hace ya muchos años, que no digo cuántos, porque ya son muchos, en un pueblito cerca de Barcelona, que tampoco digo cuál porque aún estoy viviendo en él y se reirían mucho si supieran que yo, soy yo.

Fechorías

Recuerdo un día con mi hermana Celia que nos comimos una orza llena de caramelos, sentadas en aquella escalera de mármol con cabeza de león, pero en el segundo piso, para que nadie nos encontrara. La orza era casi más grande que nosotras pues debían ser las provisiones de mi madre para todas las vacaciones de Navidad.

Otro día, Celia y yo nos comimos dos fuentes de arroz con leche enteritas, que era el postre de toda la familia, pero es que se fueron al cine las mayores y no nos llevaron porque éramos pequeñas. Solo queríamos probarlo, pero estaba tan bueno...

Debíamos ser muy pequeñas porque me acuerdo muy bien que nos tuvimos que poner de puntillas, sobre los adornos de las patas del aparador, y con el culo apoyado en la pared para no caer. Y cuando veo ahora el aparador, tan bajito, ¡me da una risa...!

Eso de estar en medio es una lata, siempre eres o demasiado pequeña o demasiado mayor. Las mamás deberían tenerlo en cuenta y no tener hijos en medio.

En esta misma escalera tuvo lugar una de las peores batallas libradas entre Celia y yo. Resulta que me puse su camisa nueva, y cuando me vio me la saco a bofetadas, y eso que llevaba encima el uniforme. Aunque yo me defendí como una fiera, me pudo, porque era más grande que yo. Ahora, que ella salió perdiendo, porque a la camisa le arrancamos todos los botones y algún trocito de tela.

Cuando Rocío hizo la primera comunión, pidió de regalo una uva de plátanos, entera. ¡Y se la regalaron! La colgaron del techo en la habitación de abajo, donde había dormido yo con el camón, y un día que estaba sola con Lola, le dije que podía comer hasta hartarse, que eran como caramelos. Y la pobre cogió una indigestión que no los volvió a probar en su vida.

La princesa cantora

Mi madre me decía que había nacido para princesa, ¡y aquí estoy yo! Ahora, como soy mayor, duermo en una cama de reina que era de mi bisabuela y me la ha regalado mi madre.

Bueno, sigo con lo de princesa. Que decía mi madre que era como la princesa del cuento, tan delicada, que le molestaba un garbanzo debajo de siete colchones. Pero yo no sé por qué lo decía. Y también me decía, que cuando abría la boca dejaba de parecer una princesa. Porque de pequeña se ve que parecía una princesa, muy mona yo, con el pelito rubio y mis ricitos. También es que, ¡tenía un vozarrón que no veas! aparte de que cuando abría la boca salían sapos y culebras. Y también me acuerdo... cuando en el colegio cantábamos aquello de “con floores aaa Marííí que madre nuestra eees”, o lo del bando de la huerta; “reesplandece de hermosuuura, toda la güerta murciaaaaaa” bueno pues la madre de canto decía ¡Que se calle ese moscardón! Señor, y ese moscardón era yo, y apenas debía tener ocho añitos. Y, ¡claro! ¡Cómo voy a saber cantar, si no me dejaban!

Pero a mí me gustaba cantar y al final lo conseguí. Después de varias intentonas frustradas, eso sí, hay que reconocerlo, que saber no sabía. Porque una vez me quise apuntar en el coro, en el cole de Valencia, que como no me conocían... Pero cuando me dijeron que tenía que hacer la escala... pues se ve que no lo hice a su gusto, empezando porque yo no tenía ni idea de lo que era eso. Aunque cuando me dijeron que era lo del Do Re Mi ya sí que lo sabía. Pero de ahí a entornarlo... Al final, cuando lo conseguí fue en Valencia también, pero mucho más mayor. Y entonces resultó, que tengo una bonita voz de bajo, y en el coro quedaba muy bien. Además que estábamos muy valoradas porque había muy pocas niñas que tuvieran una voz tan cálida como la mía. Y cantamos en el Ateneo de Valencia, mi hermana Rocío y yo. ¡Y que bien que lo hacía! Y estaba tan contenta

como si hubiera tocado el cielo con la punta de los dedos. Pero claro, si me hacían hacer gorgoritos, las muy burras, pues ¡qué quieres!

El alfiler de cabeza negra.

Era muy útil cuando ibas al cine porque siempre se sentaba al lado algún señor de esos que no sabía dónde meter las manos, no debía de llevar palomitas, ni pipas, ni bolsillos. El caso es que un día se lo clavé enterito a un señor, que estaba molestando a Celia, y como ella era muy pava no se atrevía. El alfiler debía de medir un palmo y aquel señor no se quejó ni un pelo. Se levantó callandito y se fue. Por eso yo siempre llevaba un alfiler de cabeza negra metido en el peto del uniforme. Por si las moscas. Sobre todo en el cine. Por cierto, que en esta época me vi todas las pelis de Juanita Reina, y Antonio Molina, que cantaba aquello de “Yo soy minero” y las de Joselito, con Juana Antonia, que le gustaba mucho como cantaban y nos llevaba siempre.

Las monjas también nos llevaron al cine, pero ese día no hizo falta el alfiler, porque todo eran niñas del cole. Vimos Bambi y lloramos muchísimo.

La inyección de caballo.

Fue culpa de un primo nuestro, que era médico y que nos trajo unas medicinas que tenía de propaganda, para ahorrar... Resulta que Antonio cogió paperas y para que no nos las pegara a todos, Don Palomo decidió que nos pusieran a los pequeños una inyección (y para lo malo sí que resulté ser pequeña). Antes no lo he dicho, pero Don Palomo, lo malo que tenía es que le encantaban las inyecciones. Bueno, pues nos pusieron la inyección y nos quedamos todas cojeando, con un dolor de muerte y llorando sin parar. ¡Y entonces sí que jugamos al juego de los tendíos! Nos pusieron sábanas en el terrao y nos estiramos todas lamentándonos de la dichosa inyección. Mi madre y Pura y Maruja y Juana Antonia, y más porque no había, no daban abasto para consolarnos.

Luego resultó que la muestra de marras era una cosa que habían hecho con suero de caballo, de prueba o algo así. O no sé si es que era para caballos, pero el tal primo perdura en nuestra memoria como el de la inyección de caballos. Hace poco lo vi, pero ya no llevaba el alfiler en el peto, que si no... Y mi madre aprovechó para presentarme como a "la mayor de los pequeños o la menor de los mayores". Por si a alguien se le hubiera olvidado... pero a mi no me avisó de quién era él. Supongo que para que no le diera una patada en la espinilla... sólo me lo dijo cuando se fue ¡que pena!

Los lápices de la papelería de los rojos

La papelería de los rojos estaba en la esquina, después del bar del Yerbero, que era aquel hombre que a Celia y a mí nos daba tanto miedo, porque era un bar de borrachos y el yerbero tenía media cara roja y nosotras nos creíamos que se le había puesto así de tanto vino. Y siempre pasábamos apretaditas contra la pared de enfrente, porque la calle era muy estrechita.

Y la tía Milagros decía que no fuéramos a comprar allí, porque resulta que eran rojos, pero yo iba cada día a pedir un lápiz, porque se me gastaba de tanto escribir y de tanto sacarle punta, y los miraba muy bien y yo no los veía rojos. Celia y yo teníamos mucha curiosidad por saber cómo era que la tía los veía rojos y nosotras no. Pero nunca lo pudimos descubrir y nadie nos lo quiso explicar. Y además que eran muy simpáticos, porque me daban todos los lápices que necesitaba para el cole. Luego me enteré de que pasaba lo mismo que con os helados del Picolo, que mi

madre iba luego y los pagaba. A lo mejor la tía lo decía porque su hija era pelirroja. Y a lo mejor es porque ellos eran rojos, que la hija era pelirroja. Pero yo tenía una prima que también era pelirroja y la tía no decía que sus padres fueran rojos.

El hombre del saco

Por aquella época también vivía en Murcia el hombre del saco, que se llevaba a los niños malos en su saco, por eso yo siempre me portaba muy bien. Celia y yo estábamos seguras de que vivía por allí cerca y que a veces iba al bar del yerbero a beber vino. Juana Antonia nos cantaba con música de jota aragonesa aquello de “duermete niñoooo que viene el cocoooo y se lleva a los niñoooooos que duermen pocooooo” entonces cerrabas muy fuerte los ojos para que si venía se creyera que estabas dormida, pero no te dormías, y seguía con la música normal, así como muy dulce “duérmete niña, duérmete ya que viene el coco y te llevará” pero nadie nos explicó nunca que hacía el coco con todos los niños que se llevaba ni para qué los quería, a no ser que el coco fuera el mismo que aquel ogro del cuento de mi madre que cortaba las cabezas de los niños y las guardaba en el armario.

A dormir

Antes de irte a dormir tenías que rezar un poco, y a mí me gustaba el de “Jesusito de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón” y luego el de “cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos guardan mi alma”. Mi hermana tenía un cuadrado encima de su cama con unos angelitos dibujados y unos pajaritos volando que llevaban en el pico unas cintas con lacitos de color azul muy bonitos. Me gustaba mucho más que lo del coco de Juana Antonia, además luego te daban un besito y ya te dormías.

Mi madre

Mi madre nos contaba unos cuentos muy bonitos. Me acuerdo sobre todo de uno que me gustaba mucho, porque había un caballo blanco que tenía alas y volaba, y salvaba a unos niños de un ogro que les cortaba la cabeza a todos y las guardaba en un armario, y un niño muy valiente les pegaba las cabezas a los cuerpos y llevaba a los niños a sus casas, volando con el caballo blanco, sanos y salvos. Y luego otro que había una niña y tres nueces de oro y un príncipe encantado que le regala un anillo para ver a su papá que estaba malito, y todos acababan bien.

Yo me sé dos poesías muy bonitas. La de la princesa Margarita, que mi madre la recitó en el teatro, cuando era pequeña, y siempre la repetía y después aquella de "A veinte leguas de Pinto y a treinta de Marmolejo..." que me la enseñó mi abuelo. Pero sobre todo me gusta aquella de:

"Cuenta. Verás como acabas
antes que yo de contar.
Contaremos: yo, mis penas;
tú, las arenas del mar".

Y también me gustan algunas de las mías, porque yo también soy poetisa. Ahora te explico una. Se llama "Pensamientos".

"A veces yo pienso que voy a pensar
pensando que pienso que voy a pensar
pensando... pensando... ¡me pongo a pensar!
Pensando que pienso que voy a pensar..."

Pensando, pensando..., ¡no sé lo qué es pensar!
Bueno, pues ¡se acabó de pensar!

Mi madre no se enfadaba casi nunca, pero cuando lo hacía nos perseguía por toda la casa y nunca nos pillaba. La mesa del comedor era un sitio ideal para dar vueltas y cansarla y luego subías al piso de arriba y, o ya se había cansado, o tenía que perseguir a otro. El caso es que nunca le pegó a nadie.

Mis padres son muy divertidos, hasta cuando discuten y se pelean, los dos dicen lo mismo y no se enteran. No sé si eso les pasa a todos los mayores.

Los remedios de mi madre

Cuando te dabas un porrazo ella te lo frotaba diciendo: "Sana sanica, culico de rana, si no se te cura hoy, se te curará mañanica" Y te quedabas tan contenta que ya no te dolía más.

Luego si te hacías un chichón, te ponía miel con un duro y un trapo liao, bien apretao para que el chichón no subiera.

Mi madre de pequeña

Mi madre también era una buena pieza cuando era pequeña. ¡Así hemos salido nosotras! Se ve que un día sus amigas le dijeron ¿A qué no te atreves a subirte a esa palmera? Y ella dijo; Pues claro que sí. Y se subió, pero de bajar nadie había dicho nada y desde allí arriba el suelo se veía muy lejos y si se caía... total que cuando se hizo de noche y no aparecía en su casa, se pusieron a buscarla, la encontraron allá arriba y tuvieron que llamar a un señor de aquellos que cortan las palmeras, para que la bajara. Y a mi madre se le fueron de golpe las ganas de subir a las palmeras.



Estos sí que eran buenos tiempos

Y luego saltaba zanjas de muchos metros de ancho, porque las cosas se ven mucho más grandes cuando tú eres pequeña. Se subía a los tejados y si encontraba una chimenea, pues aquello era un reto, hacer pipí en una chimenea debe ser lo más divertido del mundo, y más si por

casualidad están cocinando.

Su mamá se había muerto con lo de la gripe del diecinueve y ella vivía con sus tías. No sé si por eso era tan mala.

Mi padre

Me acuerdo cuando mi padre me llevó a comprarme mis primeras gafas. Ni que decir tiene que eran horribles, porque en aquella época las gafas eran para ver y no para estar guapa como ahora. Casi me caigo ya en la puerta de la óptica. Y me tuvo que ir llevando todo el rato, porque yo, con aquellas gafas lo veía todo muy raro.



Mis gafas y yo

Una vez que me llevó al campo se pasó todo el viaje preguntándome que si me encontraba bien, y yo, que sí, aunque estaba maliísima, para que no se enfadara. Y nada más llegar al campo, con el coche parado en la placeta ¡voy y vomito!. Dentro del coche, sí señor, que para qué me iba a molestar en salir y es que ya no podía más de lo malita que estaba.

Primero mi padre tuvo un DAUPHINE amarillo y luego un Seat 600 y después un Seat 1400 mucho más grande, cuando sólo quedaban los pequeños. O sea que el tamaño del coche nada tenía que ver con el de la familia. Y cuando nos llevaba de viaje lo pasábamos pipa, aunque un poco apretados, eso sí. Nos pasábamos todo el viaje cantando hasta que, “amablemente” nos pedía una pausa –o sea, que nos metía cuatro gritos que nos quedábamos todas heladas –porque aquello no había quien lo aguantara. Las cualidades cantoras que he explicado antes no eran exclusiva mía.

Fuego en el seiscientos

El 600 se incendió un día que íbamos a Mazarrón, Paquita, Antonio y yo. Yo conducía tan tranquila por aquellas carreteras peladas, de repente, por el retrovisor vi fuego y grité ¡Fuego! Y Antonio, que iba en el asiento de atrás, al ladito del fuego, sin saber cómo, salió por encima de Paquita y los tres salimos corriendo porque entonces, como en las películas, el coche tendría que explotar. Pero no, lo que hizo fue salir andando él solito todo envuelto en llamas. Y luego vinieron unos chicos muy simpáticos, catalanes, que sabían mucho y cortaron no sé qué cables y el fuego se apagó. Y yo no tuve nada que ver pero mi padre se enfadó muchísimo conmigo. Si lo sé no lo digo. ¡Pues igual le hubiera pasado a él!

Más cosas de mi padre

Una vez nos llevó a Águilas, a bañarnos en el mar, y yo me clavé un erizo en el pie y se metió hasta la rodilla para sacarme y ésa fue la última vez que alguien lo vio bañarse. Luego fuimos al campo, a La Retamosa, y María, como es una señora muy buena, con aceite y mucha paciencia, me sacó del pie todas las pinchas del erizo. Porque si no te las sacan bien luego el pie se pone rojo, y luego negro y a lo mejor luego te tienen que cortar el pie.

Cuando íbamos a Mazarrón, nos explicaba que por aquella carretera iba con su madre en

tartana, y luego en moto, ya de mayor, y nos decía cuales eran los pinos donde se paraba a descansar, porque la moto no aguantaba. No sé si iba a ver a mi madre porque de novios estuvieron sólo tres meses.

Cuando me llevaba a pasear le gustaba cogerme por el cuello, que es dónde le llegaba la mano, y así él paseaba y yo intentaba seguir su paso (sin que me ahogara), trotando a su lado sin conseguirlo.



Idílico, ¿verdad?

De mi padre explican cosas muy divertidas. Y como era muy serio y casi no hablaba, a la gente le hacía mucha gracia, sobre todo cosas de despistao, que lo es, y mucho, y así lo hemos heredao toda la prole. Como una vez que iba en moto con mi madre, la perdió por el camino y no se enteró hasta que llegó a la casa. Mi madre nunca más volvió a subir en moto y como estaba preñada de Clara, pues ella tampoco ha vuelto a subir. Porque se acuerda, aunque ella fuera en la barriga, y l'ha quedao mucho miedo.

En el pueblo a los amigos de mis hermanas les daba miedo llegar a la casa por si mi padre les decía algo y siempre se despedían en la esquina de la calle de abajo. No sé, por qué. Yo nunca vi que le hiciera nada a ninguno, pero sólo que les preguntara ¿Y tú, de quién eres hijo? Ya se les ponían a temblar las piernas y no atinaban a decir esta boca es mía.

Y hablando de despistes, mi amiga Ana me dijo un día ¿Es que no te hablas con tu padre? Y yo, sí, claro ¿Por qué lo dices? No, por nada, es que acabamos de cruzarnos con él, casi tropezáis, y no os habéis dicho nada.



En el terrao

Mis comidas

En el comedor había un cuadrado que me servía para extasiarme durante las comidas y el caso es que tanto que lo miré y no sé lo que había pintado.

Era tan lenta para comer, que a veces mis hermanas se iban al cole y a mí me obligaban a quedarme en la mesa, y cuando volvían, yo todavía estaba sentada a la mesa con el plato delante, igual, igual, que cuando se fueron.

Siempre pensaba que yo de mayor no tendría hijos, porque si me salían igual que yo para comer, iba arreglada.

Una vez, en el campo, dice mi hermana Luisa que se acercó y me metió la comida en la boca, y yo me la comí y preguntó:

–¿ te gusta?

–sí –contesté–

–y entonces, ¿por qué no comes?

Y yo–:

–Porque me canso.

Pero igual se lo inventa. Aunque no me extrañaría, porque como no comía nada no podía tener fuerza ni para comer.

Las muchachas

Juana Antonia siempre decía que no hacíamos más que fechorías y se pasaba el día renegando por lo bajini. Me acuerdo de ella en la cocina de Murcia, sentada en una silla de madera. A mí me parecía que estaba muerta y me acercaba despacito a ver qué, y cuando cogías una croqueta se despertaba chillando ¡leñe, que nos dejáis sin cena! Siempre refunfuñaba, pero nos dejaba comer todo lo que queríamos, y sobre todo patatas fritas, siempre tenía que hacer ración doble porque todos desfilábamos por la cocina robándole comida, y nos decía: ¡no comáis tanto, que se os va a llenar la cabeza de pan y no os van a entrar las letras!. Y luego, cuando le pedíamos dinero a mi madre decía Joer, ¡que pedís mas qu'el gobierno!



Aquí están last res, con un puñado de nosotros

Pero nos quería mucho ¡pobre mujer! Dedicó toda su vida a alimentar a mi familia. En Valencia, cuando ya estaba muy vieja y no podía salir a la calle y casi no veía porque tenía cataratas, controlaba todos los desayunos y luego le daba el parte a mi madre de lo que había desayunado cada uno. Cuando te dejabas la leche a medio, te perseguía por el pasillo garrote en mano amenazándote con ¡ya verás tu madre! Como si no supiéramos nosotras que con mi madre nunca pasaba nada.

Y luego, cuando iba a ver a su hermana a Yeste, nos traía dos o tres cajas de niscalos, que ella les decía guízcanos, que a mi padre le gustaban mucho. Su hermana era la madre de Pura y Maruja, se llamaba Brígida.

Cuando Pura se casó y se fue, empezó en mi casa una procesión de sustitutas, pero no encontramos ninguna que nos aguantara y ninguna que le gustara a mi madre, una daba pellizcos de monja, como la madre Gabriela, otra era muy pánfila y otra lloraba porque no aguantaba tanto niño. ¡No había nadie en el mundo que pudiera igualar a Pura!

El tifus

Sobre todo me acuerdo que me cortaron el pelo “al rape” y en aquella época, que no estaba de moda, era una cosa espantosa. Llenaron varias veces el orinal con todo mi pelo. ¡Y eso que ya lo llevaba corto!

Y también me acuerdo que me aburría muchísimo, porque no dejaban que mis hermanos entraran en mi habitación. Por cierto que no sé dónde dormían porque me habían instalado en “la comodita”, que era el nombre de la cama de la habitación de coser, la habitación de más camas de la casa, dónde cosían mi madre y Angustias. Estuve siete meses en la cama. Y no me dejaban levantarme. A lo mejor desde entonces tengo la voz tan fuerte, porque me pasaba el día llamando a mi madre que se iba al piso de abajo a hacer cosas. Y como estaba tan lejos tenía que chillar muy fuerte para que me oyera.

Cuando subía me decía:

—¿qué quieres hija? – Y yo—:

—pos ná, que m’aburro.

Y entonces ella me contaba el cuento aquel del ogro que cortaba las cabezas de los niños y el caballo blanco que volaba...

Y cuando acababa yo le decía:

—¿Me quieres mucho mami? Y ella decía—.

—S’hija sí. Muchismo.

Y yo me quedaba tan contenta, y ella se iba otra vez a hacer cosas al piso de abajo, o se ponía a coser a mi lado.

Los reyes Magos

Un año los reyes me pusieron un muñeco que parecía de verdad, era un bebé con los brazos, las piernas y la cabeza de goma y el cuerpo era de tela, relleno de no sé qué. Tenía una carita preciosa, como si hiciera un puchero, con un chupete y todo, porque lo habían traído de Sudáfrica, que está muy lejos, porque aquí, entonces, todos los muñecos eran de trapo. Al final se cayó al brasero, ¡tan bonito que era!

Y otro año Celia y yo pedimos que nos pusieran enanitos, pero de verdad, que andaran y hablaran y los pudiéramos llevar al cole en el bolsillo. Mas que nada era una prueba, porque ya sabíamos que "eso" nuestros padres no podían comprarlo en una tienda. Pero no sé que excusa nos dieron que nos convencieron totalmente y en lugar de los enanitos aparecieron dos muñequitas monísimas, pequeñitas, que guardé durante años en el cajón de la comodita. Con un vestidito de pana verde con botones de perlititas que les hicimos con ayuda de Angústias, porque los reyes las habían traído desnudas y eso no podía ser... ¡en una casa decente!.

De lo de los reyes magos tardé mucho tiempo en enterarme, pero porque no me interesaba, no os vayáis a pensar, porque en realidad ya me lo habían dicho cuando era pequeña, pero yo le dije a mi amiga:

—Mira, tu debes ser tonta. ¿Cómo me voy a creer yo eso? Es que no puede ser. Es imposible, porque mi padre nunca nos compraría tantísimos juguetes.

Cuando era más mayor, me fui a dormir a la habitación de al lado del salón, me hice la dormida y estuve espiando toda la noche, hasta que los pillé con las manos en la masa, pero me caí, haciendo un ruido tremendo, y a pesar de que me metí corriendo en la cama y me hice la dormida, me descubrieron. Y después, ya nunca volvió a ser lo mismo a pesar de que yo seguía intentándolo, pero ya no coló.

En Murcia de más mayor

Como ya era mayor deje de ir al cole, porque me aburría mucho y no aprendía nada interesante y a mí aquello me parecía una pérdida de tiempo. Además estaba muy enfadada con las monjas, porque me suspendieron cuatro asignaturas y decían que no había hecho el examen, y no era verdad. A lo mejor no puse nada pero yo sí que fui al examen. Algunas de las mayores se habían hartado también de las monjas y se habían ido antes que yo. Así pues, dejé el colegio.

Y aquel año me dediqué a aprender cosas interesantes. También aprendí a coser, porque en mi casa sin hacer nada me aburría mucho, casi más que en el colegio. Pero eso de coser no estaba hecho para mí, es también aburrido, y cuando pensé que ya sabía bastante para hacerme vestiditos me largué de allí, con viento fresco. Porque, además, la señora aquella, la dueña de donde me había llevado mi madre, encima de que eran amigas, con la excusa de que me enseñaba, quería que yo le cosiera gratis todos los vestidos que luego ella vendía en sus tiendas. ¡Pues no faltaría más que eso!

Este año fue cuando hice teatro, con Celia, que hicimos lo de Antígona.

Hice varios vestidos y un abrigo y entonces se produjo el milagro. Aburrída de hacer de señorita, me puse a estudiar y no paré hasta muchos años después, que me pareció que ya sabía casi todo lo que había que saber.

La batalla de flores

Un año salimos en la batalla de flores todas las hermanas, íbamos muy guapas en una de las carrozas y a Mercedes le tiraron unos claveles y casi le sacan un ojo (Mercedes es Doña Pupas, todo le pasa a ella). Se le puso el ojo todo lleno de sangre y acabamos en el médico.

La batalla de flores se hace en las fiestas de primavera de Murcia, y todas las niñas guapas tiene que ir al menos una vez en su vida en una carroza. No sé por qué, pero es así, y por eso salimos nosotras. Te dan un paseo por toda la ciudad, para que la gente vea lo guapa que vas, y todos se tiran flores unos a otros. Por eso se llama batalla.

Pero aún más bonito es cuando hacen el entierro de la sardina. Que es porque ya se ha acabado todo eso de la Semana Santa y la gente se ha cansado de comer sardinas, porque no se podía comer carne, pero nosotros ya explicaré que no, que sí que podíamos por lo del Papa. Bueno, pues entonces, hacían una sardina muy grande, y la pintaban de unos colores muy bonitos, y después la paseaban por todas las calles, para que todo el mundo la viera y nos fuéramos detrás de ella, cuando llegábamos al río, la quemaban y la tiraban al río para que se acabara de morir del todo.

El viaje a Barcelona

Una vez que nos vino a visitar un hermano de mi madre que vivía en Barcelona, conseguí enrollarme con él y me invitó. Total, que sin darle tiempo a que se lo pensara dos veces, metí cuatro cosas en una bolsa y me monté en el coche dispuesta a descubrir mundo. El coche era un Dauphine azulito y lo conducía un amigo de mi tío que estaba trabajando en Francia, y al pasar por Barcelona nos dejaría a mi tío y a mí. Fue todo el viaje moviéndose hacia delante, como para darle impulso al coche y que corriera más. Luego se quedó unos días con nosotros y me llevaron a todas partes con su coche. Después se fue a Arlés, que él allí criaba ostras: debía ser muy divertido criarlas, aunque yo no sabía muy bien cómo eran, pero pensaba que encontraría perlas de aquellas tan bonitas como las del collar de mi madre.

Un día me fui a pasear por el parque Güell, yo sola, porque mi tío vivía en la calle Bailén, que estaba cerquita, y allá por donde están las columnas, que hay como unos nichos para poner santos, se me apareció un señor de aquellos que llevan gabardina, aunque sea verano, para que no se note que llevan los pantalones abiertos, con "eso" fuera. Pero yo ya lo había visto de pequeña, en la Glorieta de Valencia y no me impresionó ni lo más mínimo. ¡Pues vaya gracia, si se pensaba que yo me iba a asustar por eso! Lo malo es que me pilló sin el alfiler de cabeza negra...

2 EL COLEGIO DE MURCIA

La Sala Rosa

Había en el cole una monja, en la clase de las más pequeñas, que cuando te hacía ir a su mesa, cariñosamente, te daba unas palmaditas, y la mano le llegaba justo a ... salva sea la parte. Sí sí, como suena, era su manera de decirte hola, y como llevábamos una falda cortita, ponía la mano por debajo y un día... yo me había olvidado de ponerme las bragas, y no os podéis imaginar el alboroto que se armó. Hicieron llamar a mi madre, que mandó venir a Pura, para solucionar el entuerto, o sea que me trajeron unas bragas. Yo no me acuerdo si lo hice queriendo, pero el caso es que aquella monja no me volvió a tocar el culo. Pues ¡a ver!

De mis amigas en el cole ya no me acordaba de un año para otro, era tan largo el verano ¡y pasaban tantas cosas!

La Sala Verde

En la sala verde las cosas ya iban más en serio. Por lo visto me gustó tanto que al curso siguiente quise repetir, pero las monjas no me dejaron, no estaba en su lista y una monja me llevó a la sala azul y allí sí que me encontraron en la lista, pero a todo esto yo ya llevaba por lo menos una semana y claro, de aquellas niñas yo no me acordaba ni chispa. Lo de los colores no lo sé seguro, a lo mejor era al revés, pero de que pasó así sí que estoy segura. Además aún podría encontrar aquella clase, ¡seguro!

La Sala Azul

La madre Gabriela era fea y pequeñita, era más pequeña que las niñas ¡por eso sería, que daba unos pellizcos de monja! Era muy negrita de cara y muy seca. Era todo un nervio, en cambio la madre Narcisa era todo al contrario muy blanquita y regordeta y nos daba clase de religión.

¡En Latín conseguí superarme, me pusieron tres ceros seguidos! Y eso que para los exámenes siempre me comía unas cuantas estampitas, de aquellas de papel de hostia, con santos y vírgenes, para que me ayudaran a hacer bien los exámenes. ¡Pero ni así!, creo que en latín, los santos estaban tan peces como yo.

Siempre he tenido una gran capacidad de abstracción que me ha servido en muchas ocasiones para no aburrirme como una ostra. Y lo ejercitaba sobre todo cuando explicaban la lección. Luego, pasaba lo que pasaba. Mi madre decía que eso era que se me iba el santo al cielo. Debían ser los santos del latín, supongo. ¡Y si se iban al cielo como iba a hacer bien los exámenes!

Las monjas del cole debían pensar que yo era sorda, porque casi nunca les hacía caso. Así me vengaba de ellas. Seguro que creían que no las entendía, como le pasaba a mi padre cuando iba a tomar café. Me acuerdo un día que la Madre Narcisa me preguntó la lección y como se lo dije bien se enfado mucho. ¡No hay quien las entienda!. Me puso un cero bien redondo, porque se emperró en que yo le había dicho lo único que me sabía, porque lo dije muy bien, y decía que no era eso lo que me había preguntado. Aunque yo esas cosas no las hacía. No por nada, sino porque no era tan espabilá como pa eso.

A mí tampoco me gustaban las monjas, seguro que luego se lo decían todo a mis padres. También había en el cole una profesora que no era monja, que llevaba muchísimas pulseras y las niñas decíamos:

–¿Qué es el viento?

–¡Las pulseras de l'aguado en movimiento! –Gritábamos todas a coro–. Pero ¡Ojo! Que no hubiera moros en la costa pues si no, se te caía el pelo.

Y luego va y se casa con el abuelo de una amiga. No sabe nadie lo que la pobre tuvo que aguantar...del resto de las compañeras, claro, porque nosotras la compadecíamos y éramos muy solidarias con ella.

Las niñas pobres del cole

Como el colegio era muy grande y a las monjas les sobraba sitio, tenían una parte del sótano dedicada a las niñas pobres. No las veíamos nunca porque las monjas ya procuraban que no nos mezcláramos. Sólo las veíamos cuando salían al patio, pero por las ventanas, desde la clase, no fuera que nos contagiaran algo.

La última

De pequeña yo era muy grande, pero ¡de verdad! Era delgadita pero grande y por eso en el cole me ponían siempre al final de la clase y así ¡claro que no me enteraba de nada! Y en las filas

siempre me tocaba al final, y por altura me hacían ir de compañera con una nena rubia, tan grande como yo, o más, a la que siempre le caían los velones, como decían las monjas, y a mí me daba mucho asco. De más mayor la vi un día, y ya no tenía velones.

y en los exámenes siempre me dejaban para la última, por el apellido, que era la V. No sé si es peor que ser la hija de en medio. Y cuándo me tocaba ya se me había olvidado la lección.

Mis amigas del cole

Un año vino una niña nueva al colegio. Se llamaba María Dolores y tenía el pelo muy negro y muy liso. Con una melenita que le caía rodeándole la cara y parecía una Virgen. Enseguida quise ser amiga suya porque de las otras niñas ya estaba aburrida, y sobre todo por su pelo, que era precioso, y brillante, y no como el mío, rizado y alborotado. Cuando conseguí hacerme amiga suya, me invitó a su casa a jugar, que vivía al otro lado del río. Se iba por unas calles estrechitas, y tenías que atravesar el puente de la Virgen del Carmen, que se llamaba así porque al final del puente había una imagen de la virgen con muchas flores.

Estuve toda la tarde jugando, pero no me gustó su casa porque tenían a su abuelo sentado en una habitación pequeñina y nadie le hacía caso. Yo le decía,

–María Dolores, que tu abuelo te está diciendo algo.

–¡Abuelo, calla!, –le decía gritando, y dirigiéndose a mí–:

–Es que al abuelo no le hacemos caso.

No me gustó aquella casa y no volví más.

Pero también tenía otra amiga, que se llamaba Mercedes. Y ésta era muy morenita de cara, y tenía mucho pelo en la cara –pelusica, como los melocotones, como decía una tía mía– y hasta un poco de bigote, pero era muy simpática y nos paseábamos por la platería y la trapería, arriba y abajo, pero nunca fui a su casa, por si acaso también tenían abuelo.

Después tuve otra amiga que sí me gustó su casa. Además de que no tenían abuelo, ella también me gustaba. Tenía un nombre muy bonito pero no sé si era Milagros, María Angustias o Pilar porque se fueron pronto. Su padre era gobernador o algo parecido y estos señores no viven nunca mucho tiempo en el mismo sitio.

Cuándo fuimos más mayores fundamos el Club de los amigos de Eliot Ness, –que lo daban por la tele, porque entonces nosotros ya teníamos tele–. Yo era Eliot Ness, que era el que mandaba más, porque para eso la idea fue mía. Y nos juntábamos por las tardes y teníamos que hacer cosas malas. Era muy divertido, pero no duramos mucho porque no teníamos pistolas ni coches negros y si no podíamos ser muy malas ya no era tan divertido.

La excursión del cole

Una vez al año, las monjas nos llevaban de excursión. Era muy divertido, aunque siempre era al mismo sitio; al Santuario de La Fuensanta, que es la virgen de Murcia, a oír misa y merendar en el bosque. La merienda era muy divertida y el viaje, en un autobús muy grande, que daba mucho miedo porque parecía que se iba a caer al barranco en cada curva; un buen trozo del autobús se quedaba en el aire y tú veías que abajo no había más que el fondo del barranco. Luego llegábamos cansadas, sudorosas y afónicas sin parar de cantar a grito pelao aquello de:

"Qué buenas son

las monjas del colegio,

qué buenas son

Qué nos llevan de excursión."

Y también aquello de:

"Para ser conductor de primera aceleera, aceleera
para ser conductor de primera aceleera, aceleera acelera, acelera el motooor"



En La Fuensanta

Y todas las canciones que sabíamos las cantábamos también, porque el viaje era muy largo y el conductor no aceleraba por mucho que nos desgañitáramos cantando.

El trabajo de mi padre

Y luego en el cole, cuando las niñas te preguntaban ¿Y tu padre en qué trabaja? Me daba muchísima vergüenza, y siempre intentaba evitarlo, pero al final tenía que decir, no, es que mi padre no trabaja. Y entonces me preguntaban tonterías como que si es que estaba enfermo ¿y entonces, de qué vivís?. Y aún menos sabía yo de qué vivíamos, ¡pues vaya unas cosas de preguntar!. Yo sabía que era abogado, porque lo había oído decir muchas veces, que acabó la carrera con diecinueve años y muy buenas notas, Y que se preparaba un caso en una noche y ganaba mucho dinero, pero que yo supiera, no trabajaba en nada, porque casi siempre estaba en el pueblo, o en el campo, o vete tú a saber dónde. Pero no creía yo que eso fuera un trabajo, porque cuando íbamos nosotras, era en vacaciones, que ya no había colegio.

Después, un día, se me ocurrió preguntarle a mi madre y ella me dijo que tenía que decir que “llevaba las fincas”. No sé a dónde las llevaría, porque para mí que siempre estaban en el mismo sitio, pero bueno, ¡Si mi madre lo decía! Pues eso me salvó. Al final las niñas me dijeron que entonces no era abogado sino terrateniente, que es algo así como del ejército, pero en la tierra. Aunque él en el ejército había sido alférez, que no sé si es más o menos que teniente. Pero cuándo empecé a explicar esto, aún fue peor, porque entonces me preguntaban aún más cosas, y que si entonces es que éramos ricos. Y entonces yo... ya sí que no sabía que decir. Porque ricos, lo que se dice ricos, pues yo creía que no, porque yo no tenía nunca ni un chavo, y cuando me daban dos reales me duraban menos que un suspiro.

De todas formas, algo bueno sí que saqué yo de todo esto. ¡Tomé la firme resolución de no trabajar en lo mismo que mi padre! Porque es que él siempre estaba pendiente del hombre del tiempo. Que si hacía frío porque hacía frío, si no llovía porque no llovía, y si llovía, porque no era la época buena para llover... Y siempre oyendo la radio a ver que decía el hombre del tiempo. Yo entonces no lo entendía, pero sí me quedó una cosa muy clara. Yo, sí que, cuando fuera mayor, trabajaría en algo normal, que no tuviera nada que ver con el tiempo y que todo el mundo supiera para qué servía. Algo así como maestra o enfermera, que en todas partes del mundo saben para qué sirve. Para que mis hijos –que tendría siete– no tuvieran estos problemas.

3 UN CURSO EN VALENCIA

Cuando tenía 10 años me fui con mis abuelos a Valencia, a vivir con ellos porque se habían quedado muy solos. Se había muerto una hermana de mi padre que vivía con ellos y estaba enferma. Yo no recuerdo casi nada de ella porque no los veíamos casi nada, porque cuando las mayores eran pequeñas se habían contagiado de aquella enfermedad tan rara, que era todo un secreto, y nunca nadie hablaba de eso. Bueno, pues no fui sola. Como éramos tantos hermanos mis padres podían prescindir de unos cuantos, y así nos fuimos tres hermanas; Mercedes 18 años, Carlota 14 años y yo, que ya he dicho antes que tenía 10, no es que yo me acuerde, pero sé que allí estudié “ingreso de bachiller” porque me lo ha dicho Mercedes, que tiene muy buena memoria, y como ella era mayor se acuerda de todo.

En Valencia fui a vivir a una casa enorme que era un palacio y aparte de vivir yo, también hacían juicios y vivíamos en el último piso, porque mi abuelo trabajaba allí. La casa tenía muchas habitaciones muy grandes, con los techos altísimos, y muchas terrazas que podías ir de una a otra saltando por los tejados. Y a veces llegabas a la casa de otro señor, que tenía una mujer de aquellas que te decían muchas cosas para hacerse las simpáticas. No era tan divertido vivir allí, así que, como me aburría, curioseaba por la terraza y jugaba con las gallinas. Es curioso ¿no? Que en un palacio así también haya gallinas... Un día, al salir al balcón me cayó encima de la cabeza un martillo gordo, de aquellos de albañil, y no me desmayé porque yo soy muy fuerte, pero se me llenó toda la cabeza de sangre que me chorreaba por la cara, y mi abuela se asustó, claro, pero tampoco mucho.

Como delante de la casa estaba la glorieta, bajaba muchas veces a jugar. Y al otro lado de la casa estaba “El parterre”, que tenía un laguito con sus patitos y todo. En Santa Isabel, en Murcia también había muchos, a mí siempre me han gustado mucho, los patitos.

En Navidad vinieron mis padres con el resto de los hermanos y lo pasamos muy bien corriendo por las terrazas y les enseñé las gallinas. Y luego los reyes nos trajeron muchos juguetes. Y yo pasé el sarampión esas Navidades y para acabarlo de arreglar, se lo pegué a los pequeños.

Luego mi abuelo se jubiló y nos fuimos a vivir a una casa más normalita enfrente de los Dominicos, y allí en vez de la mujer del secretario había una niña de mi edad que se llamaba Ana y hablaba mucho. Yo la oía por el patio, porque vivía en el piso de abajo y su madre siempre la estaba llamando. Por eso sabía yo que se llamaba Ana. Parecía simpática y al final nos hicimos amigas. Y comía mucho, no como yo. Cuando salíamos a pasear siempre se compraba una

ensaimada rellena de nata que daba hasta gusto ver cómo disfrutaba. Y también, cuando yo bajaba a estudiar a su casa, se comía la carne cruda, la primera vez que lo hizo me quedé de una pieza, y dos o tres plátanos seguidos. (Aunque no estaba gordita, claro que más que yo sí).. ¡A mí, que no me gustaba ni frita! Pensaba que era un caníbal. Pero ella me decía que era mucho más buena, aunque no consiguió convencerme nunca de que la probara.

Mis amigas

En Valencia sí que me acuerdo de muchas amigas. Había una que se llamaba Isabel, que su mamá era amiga de mi abuela y que iba pintarrajeada como una mona, como casi todas las amigas de mi abuela que yo me acuerde. ¡Y con tantas pulseras como l'aguado!. Y es raro, porque mi abuela no se ha pintado nunca ni un ojo. Era una abuela como las de pueblo. Siempre vestida de negro y sin pintar. La mamá de mi amiga nos invitaba a merendar a unas cuantas amiguitas, como decía ella, y algún día algún amiguito y todo y después mi abuela me hacía más preguntas que la Santa Inquisición. Quería saber nombres y apellidos de todos, sobre todo de los niños, y hasta cuanto ganaban los papás. No me gustaba que me preguntaran tantas cosas y además que a mí esas cosas no me importaban un pito. Ahora, con el tiempo, reconozco que la intención de mi abuela era buena, ella solo quería encontrarme un buen partido.

En el colegio

Un día Mercedes me hizo un moñito con el pelo, encima de la cabeza, igual igual que el que llevé en la boda de Carlota, y a las monjas no les gustó nada porque me castigaron y tuve que ir el sábado y como era pequeña, para que no fuera sola castigaron también a Carla, que estaba de enfadada...

Allí tenía una amiga que era cubana y se llamaba de otra manera que no voy a decir, pero sonaba igualito cuando yo le decía ¡Mierdallena Hastalabraga! Fíjate si sonaría igual que cuando la llamaba chillando por los pasillos, ni las otras niñas ni las monjas se daban cuenta. Solo ella, que se enfadaba muchísssimo, y yo, que me lo pasaba divertidísssimo.

Tenía otra amiga que se llamaba Amparo, que me enseñó a hacer garradas con las galletas con chocolate que nos daba su mamá para merendar y nos mirábamos al espejo para disfrutar más de nuestra hazaña. Después de merendar leíamos cuentos, tenía muchísimos, porque su padre tenía una tienda de cuentos y ella podía coger todos los que quería. ¡Cómo me habría gustado que mi padre tuviera una pastelería, en vez de una tienda de muebles!. También tenía otra amiga, Nieves, pero se enfadó mucho, porque le rompí los leotardos nuevos un día que la tiré al suelo y ya no fuimos más amigas. Pero fue sin querer. Y otra, que era muy blanquita de cara y no tenía madre y vivía en la calle Colón en un portal muy grande. En este colegio tuve muchas amigas y eso que solo estuve un año, pero como era la nueva todas las niñas querían ser amigas mías.

4 EL CAMPO

El campo

El campo, por definición, es donde íbamos cuando éramos pequeñas. Había más campos pero aquel era especial, en realidad se llamaba "el rincón del puerto", pero no sé por qué. Creo que debe ser un puerto de montaña, pero a lo mejor a mi padre le gustó el nombre y ya está. A mi padre le gusta poner nombre a las cosas. A la casita que luego tuvimos en la playa también le puso nombre. Se le debe de haber quedado la costumbre de tanto poner nombres a sus hijos.

Pedro y Ana María

En el campo vivían Pedro y Ana María, con su hijo Paquico, que tenía mi edad. Pero no jugaba con nosotras porque no sabía andar y no podía correr por los bancales y no podías jugar a otra cosa porque no se entendía nada de lo que decía. Y luego nació Josefica y después Lolita. Ana María era bastante gordita, iba siempre de negro, con un pañuelo tapándole el pelo y Pedro era muy alto y delgado y tenía la cara "renegría de trabajar en el campo", decía, cuando le preguntábamos cómo es que era tan moreno. Siempre le gustaba explicarnos cosas y nos contaba cuando enseñó a cazar a Adrián con mucho orgullo. Y cuando, bajo las instrucciones de mi padre, con un libro en la mano sobre la poda de árboles frutales, se cargaron un albaricoquero. Y riendo como un loco imitaba a mi padre.

–Pedro, corta la rama de la izquierda, ahora la de la derecha. Pedro, corta la rama de arriba.

Y así hasta que Pedro dijo:

–Pero Don Emilio, que ya no quedan ramas pa cortar.

También decía que cuando mi madre lo mandaba a buscar a una de nosotras, llegaba y veía a tantas nenas que se hacía un lío y no sabía a cuál buscaba. La solución era decir. ¡Toas p'abajo, que sus busca la señorita!

Mis hermanas y nuestros nombres de verano

A Carlota ahora, a veces le digo Carla, Y a Dolores Lola, y a María Paquita Paqui y a Luisa Lusi y así todas. No es que haya crecido la familia, es que con estos nombres algo había que hacer, y cuando en el campo nos aburríamos nos buscábamos otros nombres. Así era más divertido, cada verano teníamos nombres nuevos.

Yo una vez me llamé Firefly y hacía de pareja con Mercedes, que se llamaba Mapi, y las otras hermanas también iban todas de parejas y con otros nombres y todo ese verano nos llamábamos así. Al final mi padre le puso Mapi a la yegua que tenía mi madre, porque fue la manera que se le ocurrió de que no se le quedara de mote a mi hermana.

Un verano hicimos que todos los nombres fueran con todas las vocales iguales, usábamos la vocal que más nos gustaba y cada día teníamos que cambiar de vocal, y quien se equivocaba pagaba prenda. Quedaban unos nombres de lo mas divertido Corloto, Mircidis, Celee, Oronzozo, Dulurus, Ricii, Laasa... y así hasta que se acababa el verano.

Lo burra que era la burra

Cuando Carla y yo nos subíamos a la burra siempre acabábamos en el suelo. Una vez caí rodando por una linde abajo, con gafas y todo. Porque las burras son tan burras que siempre van por el bordecito del camino, casi a punto de caerse, y ellas no se caen pero como te caigas tú, vas lista.

Otra vez, que íbamos a por agua a los Tornajos, con todos los cántaros, la burra me dejó subir a mí, que tenía que saltar desde el poyo de la esquina, porque no llegaba, pero ya no le hacía ninguna gracia que subiera también Carlota, porque ella ya sabía que pesaba mucho. Pero como Carlota insistía, intentando subir le dio una patada en el flanco y la burra empezó a dar saltos y coces y no paró hasta que me vio en el suelo. Aparte del porrazo, acabé con las piernas en sangre viva, de rozar con las aguaderas, que son de esparto y pinchan mucho.

A por agua a los Tornajos

Los Tornajos es un manantial que hay en una montañita un poco lejos de la casa y tenía bebederos para los animales y unos pilones enormes para lavar la ropa, y al final había una balsa muy grande donde se recogía el agua para regar el campo. Estaba lleno de árboles muy grandes y era precioso.

Nos gustaba mucho que nos llevaran cuando subían a buscar agua o a lavar la ropa. A veces nos bañábamos en los pilones, el agua estaba congelada, y cogíamos moras de las zarzas que había en la balsa.

Ana María, la mujer de Pedro, nos llevaba a los Tornajos cuando subía a lavar la ropa. Frotaba la ropa en la losa del lavadero con tanta fuerza que cuando bajaba le decía a mi madre:

—“señorita, s’aspiazao. De qué tela sería este vestío, que con ná que l’e restregao s’aspiazao”

Y eso quería decir que había desintegrao uno de nuestros vestiditos ¡Tan monos y delicados!

El agua la traían de los Tornajos en una burra con cuatro cántaros y cuándo había suerte nos dejaban subir en la burra pero luego nos hacían bajar andando porque era mucho peso para la burra.



Listas para trabajar

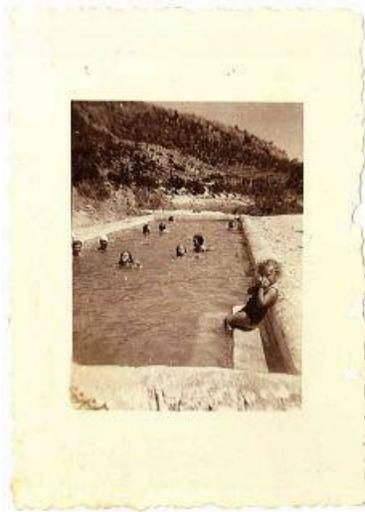
En la piscina del campo

La piscina y las serpientes o la matanza de las serpientes. Pobres bebés, todos chafaditos. La

mamá serpiente debió estar muy triste. Fue un día al principio del verano, que fuimos a limpiar la piscina para llenarla de agua y podernos bañar, y estuvimos mucho rato jugando a que estábamos en el fondo del mar.

Al salir todos los escalones estaban llenitos de diminutos bebés serpiente, y la mayoría chafados como si fueran no sé qué.

¡Me tuvieron que sacar en volandas, porque iba descalza y cualquiera se atreve! Mi madre fue la que más se asustó porque creía que todas las mamás de los bebés nos vendrían a atacar, y nos fuimos corriendo de la piscina y no sé el tiempo que tardamos en volver por allí, para que ya no se acordaran de la fechoría que habíamos hecho.



Justo en este escalón estuvieron las bebés serpiente.

Mi padrino

Mi padrino, que vivía en Madrid, una vez que nos vino a ver al campo, se metió en la piscina vestido de frac, supongo que lo hizo para hacernos reír, y claro que reímos,

pues no estaba poco divertido un señor tan serio, con puro y todo. Y como la piscina era para niños y hacía pie casi hasta el fondo, pues...



En plena naturaleza

Más cosas

Celia era muy seriecita, una niña muy mona y muy pacífica, menos cuando se enfadaba, que hay

que ver como se puso con lo de su blusa. Yo para hacer el bestia me iba con Carla, y ¡vaya si lo hacíamos! Cuando subíamos a las higueras siempre me hacía ir a mí delante, me decía que tenía que ir a explorar, pero era por si se rompían las ramas, y después, cuando ya estaba segura, venía ella. La verdad es que yo era un fideo y ella hacía tres como yo. Sabía que a las higueras no te podías subir, porque las ramas se rompen muy fácil, hacía poco que “Bobicas” se había caído de la higuera de la placeta y se había roto muchos huesos.

La cueva y el conejito

Una vez subimos a la cueva que estaba muy lejos y tenías que ir con cuidado porque por allí decían que había muchas víboras, y como siempre llevábamos alpargatas o sandalias nos podían picar en los pies. Tardemos muchas horas en llegar, por suerte habíamos llevao el avío, pa merendar.

Detrás de la casa había una montañita, más pequeña que la de la cueva, a la que mi padre le gustaba llevarnos y decía que en una de aquellas matas, tenía su casa un conejo que era amigo suyo. Lo fuimos a ver muchas veces, Celia y yo, pero no salió. Por lo visto nosotras no le gustábamos como amigas.

De El Puerto a El Francés

Fue una excursión de aquellas que, como dicen, hacen época. Y a mí no me dejaron ir porque era pequeña –¿cómo no? para variar–, aunque creo que esta vez sí que era verdad que era pequeña. Porque fueron andando, cruzando las montañas de Sierra Espuña, hasta el campo donde estaban mis abuelos. Y era tan lejos que tardaron todo el día y se llevaron comida y todo, y hasta una burra. ¡Pues también me habrían podido llevar en la burra! El caso es, que se hizo de noche y no habían llegado a ningún sitio, y tuvieron que salir todos los hombres a buscarlos... ¡y no aparecían! Se les ocurrió coger un atajo, para que no les mordieran los perros de una casa que estaba a mitad de camino, y se perdieron en el bosque, como Blancanieves. Pero ellos no encontraron la casita de los enanitos y tenían mucho miedo.

Entonces lo que se hacía era disparar con las escopetas, para avisarse entre los hombres que buscaban de por dónde estaban, y mis hermanos pensaban que eran los bandoleros que los perseguían. Y los pobres hombres arriba y debajo de un campo a otro, se pasaron la noche buscando.

Y mi madre llorando por sus hijos perdidos... Suerte que, al final, los hombres los encontraron.

Sabina

A Sabina nos llevó mi madre una vez en cabriolé, que es como un coche de caballos pero en pequeñito y descapotable, muy bonito. Tirado por una yegua que era de mi madre. Y mi madre guiaba la yegua y fue un viaje precioso. Ibamos un montón de niños dentro. Sabina es una finca que está en sierra Espuña, en un valle pequeño encima de las montañas. Es algo así como lo de Heidi pero aquí en medio de Murcia. Con una casita y un pozo y una huerta con pepinos. Y también hay jabalíes y cabras salvajes, aunque casi nunca las ves.

Cuando estábamos en el campo también jugábamos a ¡A ver quién aguantaba más tiempo mirando al sol!. Pero sin guiñar los ojos, que sinó, no valía. Era muy difícil, porque te escocían y tenías que dejar de mirar. Yo no gané nunca, a eso.



Merendando

5 EL CAMPO CON MIS ABUELOS

Como ya he explicado antes, mis padres a veces nos prestaban a los abuelos, para que no se aburrieran. Y mi abuelo era como aquellos abuelos de cuento, que explicaba chistes y sacaba monedas de las orejas, que a veces luego nos daba. Mi abuela también era como las de cuento, pero no como las buenas. ¡Aunque tampoco era mala! Sólo que a mí me daba un poco de miedo cuando era más pequeña, pero después ya no. A lo mejor era porque como era tan grande y siempre iba vestida de negro... que cuando te la encontrabas por los pasillos, a oscuras, y sin hacer ruido... pues te dabas un susto de muerte! Mi abuelo siempre tenía el dinero nuevecito. No sé de dónde lo sacaba. Bueno sí que lo sé. Tenía una maletita debajo de la cama, y lo sacaba de allí cuando creía que no lo veía nadie. A nosotros nos decía que lo hacían por la noche unos enanitos. Y nos contaba el chiste aquel de una señora que montaba a caballo, y se cayó de cabeza, con todas las faldas hacia arriba y se levanta rápidamente y le dice a un señor que estaba mirando ¿Ha visto usted mi prontitud? Y el señor dice. Sí señora, pero no sabía que se llamara así. Él se reía mucho, y nosotras también, aunque siempre contaba el mismo.

Este campo se llamaba “La Retamosa” y se sigue llamando así, porque ahora mi padre se lo ha dado a mis dos hermanas pequeñas, que ya son mayores y tienen hijos y ahora vamos a comer migas o paella. Por cierto no quiero que se me olvide contar que mi hermana Lola se casó en este campo, por eso luego mi padre se lo regaló. Fue una boda muy bonita, pero ya la explicaré cuando toque.

En La Retamosa hay un pino enorme y mi abuelo contaba muchas veces con orgullo que lo había plantado él. Y que por las mañanas, lo regaba con el agua de la zafa después de lavarse. En este campo tampoco había agua de grifo, claro, pero había un aljibe, que se llenaba con agua de la lluvia y cuando ibas a sacar agua estaba todo lleno de salamanquesas, que siempre me han dado mucho asco. Además, dicen que si te tocan en la cabeza, se te cae todo el pelo y ya no te vuelve a salir más.

Y también había un bosquecito detrás de la casa y allí mi abuelo había hecho instalar un water. De aquellos de antes, con una madera y un agujero en medio y también estaba muy orgulloso de su idea, era un lujo Macabeo " c..." entre los pinos y se lo enseñaba a todos los que venían a visitarnos. El problema es que aquello siempre estaba lleno de lagartos, sí, sí, lagartos de aquellos verdes y grandes, no lagartijas, y, cualquiera se atrevía a sentarse allí, con los bichos esos esperando allá abajo.

Mi abuelo también nos contaba la anécdota de Quevedo, que se ve que le dijeron, ¿A qué no te atreves a decirle a la reina que es coja? Y entonces, él, que se ve que era muy ingenioso, se presentó delante de ella y le dijo: "Entre un clavel y una rosa, su majestad es-co-ja" Y mi abuelo se reía muchísimo, aunque nosotras no le veíamos la gracia.

En la placeta había un árbol muy grande y en una de las ramas nos pusieron una “mejera” y mi abuela, para que no nos peleáramos por quién estaba más rato meciéndose, nos enseñó una

canción y así, cuando se acababa la canción nos tocaba el cambio. La música era muy aburrida, siempre igual, pero la letra era muy divertida.



Con el abuelo

“El tío Juan de la bellooota, tenía la pata rooota,
con qué se la arreglareemos, con un palo que le deeemos,
dónde está ese paaalo el agua se lo ha llevaaaoo
dónde está ese aaagua, el pollo se la ha bebiioo,
dónde está ese pooollo, el cura se lo ha comiio,
dónde está ese cuuura, diciendo miisa, con la camiisa y el ca-mi-són,
que se baaje esta niiaña del me-ce-dor”

Como se cantaba al ritmo de una música monótona, pues duraba un buen ratito, y eso que esta es la versión corta, para que no se aburra el que está esperando, pero si quieres, lo puedes hacer interminable, añadiendo más estrofas, y tenías que estar al tanto, porque si te descuidabas, te la pegaban con queso y se pasaban media hora cantando y tu allí de plantón.

La moza Ginesa

Le decíamos la moza Ginesa, aunque se llamaba sólo Ginesa. A mí me gustaba porque era de mi mismo tamaño, con la cara muy redonda y la nariz muy chata y gorda, que parecía que la llevara postiza de tan rara que era. Hablaba muy del pueblo y como no había visto nunca una nevera y no sabía la mujer ni para qué servía, dejaba la puerta abierta y mi abuela le decía con mucha paciencia:

–Ginesa, que te has vuelto a dejar la puerta de la nevera abierta

Y ella muy enfadada le contestaba

–Que no señora, que yo l'he dejao entorná

Cuando veníamos a la Retamosa traía a su hijo, que era medio tonto el pobre, y le poníamos inyecciones en el culo, con palitos, para que se curara, pero ni así se curó.

Mi abuela

Ella, además de no ser de las de cuento, como mi abuelo, fumaba a escondidas. Una vez la vi fumando en la cocina y tiró el cigarro dentro de la olla para que no me diera cuenta. Y lo que no sé es si luego comimos cigarro o qué, pero no me acuerdo que tuviera un sabor raro. Aunque, es que... sus comidas siempre tenían un sabor raro.

La verdad es que mi abuela era muy vieja pero mi madre dice que siempre ha sido vieja. Que cuando ella se casó con mi padre ya era igual de vieja. Y yo ya sé que eso no puede ser pero si mi madre lo dice...

Después de comer se entretenía partiendo las pieles de la fruta o la corteza de la sandía en trocitos diminutos, para las gallinas, decía.

A mi abuela le gustaba mandarte a hacer recados y siempre te daba el dinero justito, y si te faltaba mejor. Siempre tenías que volver diciendo "abuela que m'han faltao tres pesetas". La moza Ginesa que no se cortaba un pelo le decía:

—"Joer señora! que con esto no m'arvanza y yo no via echar dos viajes pa un kilo plátanos"

Y para comprarte unos zapatos, por ejemplo, tenías que hacer ochenta viajes de la casa a la tienda y de la tienda a la casa, para explicarle cómo eran y que ella comprobara que eran buenos y que te estaban bien y no te hacían daño. Y todo porque ella no salía a la calle para nada. —Yo nunca he visto a mi abuela en la calle—. Al final, la mitad de las veces conseguía que te cansaras de hacer viajes y te olvidaras de los zapatos. No, si tonta no era, la señora...

Pero eso fue después, cuando fui más grande, en Valencia, porque en la Retamosa no había tiendas. Aunque venía "el quincallero" con un carro muy grande lleno de cosas. Entonces mi abuela disfrutaba como una enana, porque se sentaba en una silla, debajo del pino, al lado del mecedor, le hacía vaciar todo el carro para ver todo lo que llevaba y luego comprarle dos cintas de colores para las trenzas.

6 RECUERDOS DE “LA FONTANA”

La Fontana

En la casa había unas ventanas con unas rejas que podías sentarte y sacar las piernas colgando por la ventana y allí nos sentábamos a ver cómo se ponía el sol que era muy bonito. Nos gustaba tanto que un día nos pasamos toda la noche en vela para poder ver el amanecer que aún sería más bonito. Fue una noche increíble, con velas y candiles, y fantasmas y todo eso.

También había un paseo con rosas que subían por unos arcos de hierro y al final de todo una balsa enorme que tenía serpientes y ranas además de zarzamoras y juncos. Me acuerdo que nos comíamos las puntitas de las raíces de los juncos y las moras cuando había, pero salíamos llenéticas de arañazos y con la barriga vacía.

El francés y las ranas

Un día, a un amigo de mi hermano Adrián que era francés y pasaba el verano con nosotros, se le ocurrió enseñarnos a coger ranas y bajamos a la balsa todo el montón de criaturas dispuestas a acabar con las pobres ranitas. El francés, que se llamaba René, pretendía que degustáramos el plato típico de su país, las ancas de rana. Bueno, pues lo pasamos pipa y cogimos un montón de ranas, y nos bañamos, y nos peleamos por quién había cogido más. Y nos pusimos perdidos los vestiditos con las algas del fondo de la balsa. Luego en la cocina, él se encargó de despellejar a las pobres ranitas y arrancarles las patitas de atrás para freírlas, que resulta que eran las ancas de rana. ¡Que salvaje! Yo no pude comer ni una mísera patita de ranita y me pasé toda la cena llorando, me acordaba de ellas saltando por el agua... Creo que a partir de aquel día ya no me hicieron mucha gracia los franceses con esas costumbres tan salvajes.



Los angelitos en las viñas

La borrachera

Un día, en la Fontana, a Adrián se le ocurrió poner una tienda para ganar dinero y la puso en el corral del ganado. Montó una mesita y nos vendía el vino a medio hacer que tenían en la almazara. Pero no ganó mucho dinero porque nosotras le pagábamos con piedrecitas. Nosotras sí que ganamos un mareo tremendo y entonces, para que se nos pasara se le ocurrió que iría bien que nos diera el aire y nos hizo subir a la pared del corral y desfilar por encima. Luego nos fuimos todas a dormir con la barriga llena y la cabeza también.

La peor de todas fue Carlota, para variar, que como era tan tragona, tragó más que nadie y se quedó durmiendo allí mismo y la tuvimos que llevar entre cuatro, cogida de los pies y las manos y zarandeándola. Para animar el cotarro íbamos cantando s'ha mueeerto, s'ha mueeerto.

El verano que nació Antonio

El verano que tenía que nacer Antonio, cuando ya faltaba poco, mi madre se fue a Murcia y nos dejó en la Fontana a unas cuantas. A María de las Mercedes de mayor y a mí de pequeña, con la que tenía que ser la cuidadora de Antonio cuando naciera, que debía tener unos quince años, con Rocío, Carlota y Celia.

Nacho no estaba porque ya era mayor y Luisa se había ido de viaje a Italia con la tía Lucía y volvieron cargadas de jerseys para todas. Eran como aquellos que están ahora de moda, uno con manga corta y la chaquetilla a conjunto. A mí me trajo uno azul, que es mi color favorito.

Entonces nos organizamos por parejas para hacer las comidas y ya os podéis imaginar lo que salía con los escasos conocimientos culinarios del grupo. Por aquella época no había ni agua corriente ni luz eléctrica y nos iluminábamos con velas, candiles de aceite y lámparas de carburo. Esto aumentaba considerablemente el encanto de las noches en el campo... huevos revueltos con tomate era la especialidad de la niñera y la única cosa comestible aparte de los flanines.

Las migas con aceite del candil

Mercedes y yo hicimos un día unas migas con tan poca traza, que al final tuvimos que escurrirlas y prensarlas porque no acababan de soltar el baño de aceite en que las habíamos frito, pero lo pasamos muy divertido. Cuando las pusimos en el centro de la mesa, colgando de la lámpara teníamos el candil para alumbrarnos y cayó una gota de aceite totalmente negro en el centro de la fuente. En ese momento entró Rocío y cogió justo el montoncito en el que había caído el aceite del candil y dijo ¡Humm, que buenas! María de las Mercedes y yo no podíamos contenernos la risa, pero vimos generosamente recompensados nuestros esfuerzos tras el duro trabajo.

El chocolate y los flanines de sabores

El día que les tocaba a Rocío y Carlota hacer la comida, nos hacían chocolate y flanines de sabores, de aquellos de "El niño", que estaban muy buenos. Muy variada la dieta. Un día, que por casualidad yo estaba en la cocina cuando hacían el chocolate, al empezar a hervir la leche y a salirse de la olla, les pilló desprevenidas y como el fuego era de leña, no se podía poner mas flojito, me dijeron que les diera agua para echársela y la única agua que encontré a mano, con tanta urgencia, fue la del fregadero, que había quedado de lavar los platos. A las tres nos pareció un mal menor y la verdad es que el chocolate estaba tan bueno como otras veces.

La escapada

Bueno, pues luego vino mi padre y se nos llevó a Mercedes y a mí. Y se quedaron Rocío, Carla, Celia y la futura niñera, esperando que en el próximo viaje les tocara a ellas. Pero entonces se le ocurrió nacer a Antonio y mi padre no pudo venir y a ellas les dijeron los del pueblo que había nacido un niño, y como no se podían creer que fuera “un niño” y no una niña, como siempre. ¡Después de ocho nenas seguidas nacía un niño! ¡Eso había que verlo! El caso es que aburridas de estar allí e impacientes por ver al hermano... pues decidieron ir a comprobarlo. Y sin más, hicieron su equipaje, un hatillo que incluía la comida para el viaje, es decir, manzanas y tomates y se pusieron en marcha hacia Murcia. Se fueron a Salinas con la sana intención de hacer “dedo” hasta Murcia. A Celia, que era la más pequeña, le pesaban las manzanas que le habían hecho meter en el hatillo y, de camino al pueblo, las iba tirando sin que la vieran.

Se separaron por parejas, una mayor y una pequeña, como de costumbre. A Rocío y Carla las cogió un señor un tanto sospechoso, que les preguntaba muchas cosas y con la excusa de hacer un pipí le hicieron parar y salieron “por piernas”. Después subieron en un camión y al poco rato encontraron a la otra pareja en medio de la carretera y el camionero paró y las recogió también. Y así, hicieron tan ricamente el recorrido turístico por todos los pueblos de Alicante y Murcia donde el camionero tenía sus negocios.

Y mientras tanto, mi padre había ido a la Fontana a recogerlas, y al encontrar la casa cerrada a cal y canto, fue al pueblo donde le dijeron que aquella misma mañana habían estado allí, con un sospechoso hatillo.

Toda la Guardia Civil buscando a las niñas, que para eso teníamos al coronel de vecino, y ellas de turismo en Torrevieja. Al final, llegaron sanas y salvas, como los Reyes Magos, a conocer al niño, –que finalmente lo fue de verdad–. Y Celia le dice a mi padre

–¿Quieres una manzana de la Fontana?

Y mi padre muy serio le dice:

–Ahora no, gracias.

Pero no se enfadó.

7 EN EL PUEBLO DE MI MADRE

En este pueblo éramos "las hijas de Carlota" y en cada esquina tenías que oír aquello de "todas muy guapas, pero como su madre ninguna", de la señora de turno que te tenía cogida de la barbilla, apretando fuerte para que no te escaparas, mientras lo decía. Alguna vez estuve a punto de decir, oiga ¿pero ustedé sá mirao a l'espejo? Puede parecer una tontería, pero oír esto una y otra vez cuando eres pequeña, que tienes la inseguridad típica de la edad, te puede crear un complejo de no te menees! Como consecuencia yo he vivido los mejores años de mi vida sin saber que era muy guapa, solo que de otro estilo, –porque yo le salí a mi padre–. ¡Ojalá que mi madre hubiera sido más fea que un dolor! Así las señoras habrían tenido que decir. ¡Oh, que guapas! ¿A quién le habrán salido estas niñas tan guapas?

Las Tías

La Semana Santa aquí, quería decir que las tías te decoraban con lacitos blancos en el pelo, cintitas, diademas y toda clase de atributos siempre que fueran blancos y se pudieran enganchar en el pelo o el vestido. Mi padre no abría la boca en toda la semana y si encontraba alguna excusa desaparecía. El caso es que mi padre era azul y mis tías y mi madre blancas y claro, todas nosotras blancas también, sin posibilidad de duda, pues ¡buena era la tía Milagros! Que además era la presidenta de no sé qué del paso blanco y ella vestía a la Virgen y le ponía todas sus joyas, que valían un dineral, para que fuera guapísima el día de la procesión del Viernes Santo.

A las tías de aquí les gustaba mucho contar cosas, porque no había televisión. Y la tía Asunción nos contaba chismes de reyes y princesas que leía en las revistas, y sus recuerdos de cuando eran tan ricas, que iban con su padre en coche de caballos, se compraban vestidos en París y tenían muchos criados. Y todo eso, que a nosotros nos gustaba mucho porque era como un cuento.

No sé si era su padre o su abuelo, que era Conde y tenía minas de plata en Almería, que había ido a Roma a ver al Papa y le había dado una Bula para la familia, que estaba en el cuarto de mis padres, enmarcada encima del camón, y por eso nosotros podíamos comer carne los viernes, no como la gente normal, que en aquellos tiempos no podía.

El tío César, que era el más pequeño de sus hermanos, había pasado mucha hambre en la guerra y se había quedado pequeñín. Siempre hablaba en verso. Para cualquier cosa nos hacía un "pareado". La pena es que ahora no me acuerdo de ninguno.

A mí la tía Milagros no me caía muy bien, porque cuando ella venía a cuidarnos a mi casa, nos hacían rezar el rosario ¡que era una latazo!, un padrenuestro y cinco avemarías repetidas un montón de veces. En su pueblo nos hacían rezar el rosario completo, con quince misterios, que no

se acababa nunca. Lo peor era que querían que todos rezáramos en voz alta y a mí, para variar, se me iba el santo al cielo. ¡Era horrible!

Se pasaba el día haciendo preguntas impertinentes como que si estabas blanca por dentro, y que cuanto tiempo hacía que no te habías confesado, y que si estabas “recogida” durante la misa. Cosas así, pero a ella ¡qué demonios le importaba! Además, que a mí no me compraba pastelitos porque decía que siempre me portaba muy mal.

El jardín de las tías tenía unos setos que, además de para hacer bonito, servían para que hiciéramos concursos de saltos. Lo malo es que detrás había una acequia y si te caías allí te despellejabas todas las piernas. También había un cenador muy bonito y una araucaria que tenía más de cien años, que son aquellos árboles que tienen las ramas como en pisos, y cada año les crece un piso. Yo los había contado muchas veces, a ver si alguna vez lo conseguía, porque también hacíamos apuestas de "a ver quién puede contarlos todos", que era muy difícil, y cuando ibas por sesenta ya te empezabas a marear de tanto mirar para arriba.



Treando a un árbol en el jardín

Las procesiones

Las procesiones son una cosa muy especial, porque en Murcia los nazarenos llevaban habas y huevos duros y caramelos, o sea, que no eran tan serias como las de Andalucía o de otro sitio, y yo ya estaba un poco acostumbrada, pero las de aquí eran una pasada. Parecía más bien como un circo, con caballos que hacían piruetas y carrozas con historias de la Biblia y cosas así. Los blancos y los azules no paran de pelearse en todo el tiempo, y acabas afónica de tanto chillar, desgañitándose, "Que viva el paso blanco" o "Viva la virgen más guapa". Y luego, cuando acaba la procesión todos van a la iglesia a ver encerrar a su virgen y entonces es el desmadre total. Los señores, que al principio de la tarde iban tan guapos y bien puestos, ahora van en mangas de camisa y arremangados, con los faldones colgando, y están rojos como tomates y siguen gritando desaforados ¡Viva la virgen! y ¡Viva la madre de Dios! Como si la virgen de los azules no fuera también la madre de Dios.

El concurso de comer mandarinas

El concurso lo gané yo, cosa insólita, pero sí. Creo que me pasé algo así cómo dos horas para preparar las mandarinas porque yo tengo que quitarles todas las hebritas blancas antes de comérmelas y las pusimos todas en fila encima de la valla y cuando alguien dio la señal devoramos como caníbales las inofensivas mandarinas. Mientras tanto, Antonio se comía las hormigas porque como era pequeño no se había podido apuntar al concurso de comer mandarinas

y también quería comer. Mis hermanas alucinaban porque yo era algo así como increíblemente lenta para comer. Pero un concurso es otra cosa.

Otras cosas de allí

Un día me llevaron con las mayores a casa de la profa de francés, una señora mayor que hablaba muy raro y como me aburría saqué la cabeza por la ventana, por los barrotes, para ver la plaza del teatro, que era muy bonita y había flores, y la biblioteca. Pero cuando me cansé de mirar por la ventana vinieron los problemas porque no conseguía sacar la cabeza de allí. No sé que hicieron pero al final nos fuimos a casa.

La abuelita

De mi bisabuela materna me acuerdo muy poco. O a lo mejor nada y me lo han contado. Solo sé que se hizo pequeñita de tan vieja que era. Y por lo que explican seguro que era muy lista porque sabía cómo hacer siempre lo que quería –se llamaba “la abuelita”– y a la vez tener contentos a todos. Tenía lo que dicen, mucha filosofía.

De ella yo he heredado alguna cosa. También hago siempre lo que quiero, pero me falta la segunda parte. Los demás se enfadan, aunque me da igual.

A lo mejor era picardía en vez de filosofía. Ella decía "Si pones la lámpara a tu lado, cuando venga tu marido dirá ¿Qué hace la lámpara aquí? La llevará a su sitio y tú, chitón. Porque si te enfadas la lámpara nunca estará dónde tu quieres. Pero si más tarde, con voz dulce le dices “cariño, trae aquí la lámpara que no veo para zurcirte los calcetines”, él mismo te la pondrá dónde tú quieres tenerla y nunca más se moverá de allí"

Esto lo explico por si alguien quiere aprenderlo. Sé que es garantía de larga vida porque la abuelita murió muy vieja, casi llegó a los cien años. La abuelita tuvo diez hijos y el mayor luego fue mi abuelo, pero primero fue el padre de mi madre.

El Teatro

De pequeños, hicimos una obra de los hermanos Quintero, que yo salía de vieja y lo hice súper bien, claro, si en algo se tenía que notar el arte que llevo dentro...

La verdad es que mis hermanas me vistieron muy bien. Toda de negro y con un pañuelo en la cabeza y el pelo con polvos de talco. Y todos los que vinieron decían que era una pena que esta niña no se dedicara, de bien que lo hacía. Y esta niña... ¡era yo!

Ya de mayor hicimos Antígona. Pero esta vez en serio, no con la familia, sino con público casi de verdad, en Murcia. Yo hacía de Antígona, y lo hacía de miedo, pero el día de la representación oficial, me dio un ataque de risa de ver a toda aquella gente allí mirando y fue un desastre total porque no sé cómo lo veis pero reírse en medio de un dramón como Antígona no es lo mejor que se puede hacer. Seguro que fue culpa de la tía Milagros, que nos vino a ver y se plantó allí en medio, con su sonrisa de fiesta.

Las meriendas de la tía Lucía

La tía Lucía era una señora encantadora, enteramente como las de cuento, con una casa tan imponente que no sabías dónde sentarte. Allí no te atrevías a hacer diabluras. Nos daba galletas con chocolate para merendar, en unas bandejitas de plata monísimas con pañitos blancos bordados

para que no se mancharan las bandejas con el chocolate. Y también estaba Juana, que nos sacaba la merienda y nos amenazaba para que nos portáramos bien. Y luego llegaban sus amigas, las Casalrío, que también eran muchas hermanas y venían todas juntas y explicaban cotilleos y nos preguntaban muchísimas cosas para hacerse las simpáticas. La tía era blanca y sus amigas eran azules, pero ellas no se peleaban. En la casa había un jardín y siempre había jazmines en el lavabo y rosas por toda la casa, que olían muy bien.

De la tía Lucía mi madre decía que era la señorita de la media almendra, porque decía, ¡ay que me coge un desmayo!... Y se comía media almendra y ya se le había pasado el desmayo. Pero a veces se comía media galleta.

Un día, le enseñó a mi madre un mueblecito y le dijo “este mueble tiene un cajón secreto, es por si me muero de repente, porque aquí guardo todos mis secretos” El mueble se llamaba un secreter, por lo del armario secreto. Como ahora lo tiene mi madre guarda ella sus secretos, pero no me quiere decir dónde está el secreto.

Otra vez, llamó a mi madre y le dijo “Nena, que se está muriendo mucha gente que no se ha muerto nunca, y estoy pensando que igual ya me toca a mí”.

Pero lo mejor de la tía Lucía eran los colgantes de la lámpara que tenía en el salón que reflejaban con la luz infinidad de colorines. En todas las vacaciones no conseguimos que nos diera los colgantes de su lámpara ¡Y eso que no paramos de pedirlos!

La Tía Dolores

También teníamos otra tía que vivía en un palacio. Se llamaba el Palacio de las columnas, porque en la entrada tenía unas columnas muy bonitas. Pero como somos tantas sobrinas y no sabía a quién dejárselo en herencia se lo dejó al ayuntamiento para que lo pudiera ver todo el mundo. Ella era Baronesa, pero de verdad, y tenía unas manos preciosas muy largas, con venas y pequitas. Era muy simpática, pero muy tiesa y muy señora. Su marido, que era el que de verdad era el tío, tenía muchísimos discos de música clásica, pero sólo nos los enseñaba por fuera y no nos dejaba ni tocarlos.

La casa era tan grande que dejó un poquito de jardín para que pusieran el cine y allí nosotras nos veíamos todas las pelis que ponían. Hatari la vimos los siete días que la pusieron, desde un banco con las patas muy largas que pusieron en el jardín para ver el cine por encima de la tapia.

Mis primos-hermanos

De los primos de aquí no puedo explicar muchas cosas porque son tantos tantos que nunca me pude aprender ni sus nombres, y eso que son mis únicos primos. Además, cada vez que íbas habían nacido unos cuantos más. ¡Una verdadera locura! Creo que al final llegaron a ser como unos cuarenta. Además, eran todos mucho más pequeños que yo y como es natural no podían jugar conmigo. La verdad es que sólo me acuerdo de mi prima la mayor que era casi como yo. Pero había dos hermanos de mi madre que eran más pequeños que mis hermanos mayores y con ellos sí que jugábamos y que el más pequeño era casi tan malo como mi madre!

Me acuerdo de una vez que subimos todos juntos al castillo, nos lo pasamos muy divertido.



En el Castillo con los primos de Lorca

8 COSAS DEL PUEBLO DE MI PADRE

El tren en el que íbamos al pueblo

Recuerdo, con angustia, estar en uno de los primeros vagones ¡con el tren en marcha! Y mi madre, que se quedaba en el andén y en cada vagón que pasaba metía un niño y una maleta. Ella por fin, consiguió subir en el último, pero se dejó abajo a Celia olvidada en el andén.

Cuando mis hermanas se hicieron mayores dejamos de ir al campo porque allí se aburrían como ostras, y empezamos a ir al pueblo, a lo mejor antes ya íbamos, pero yo no me acuerdo. Igual es que no pasaba nada interesante.

En este pueblo éramos "Las hijas de Don Emilio" o "Las nietas de Don Adrián". Es duro eso de no tener identidad propia. Yo creo que nadie ha sabido nunca mi nombre. Siempre he sido "una de las hijas de..." o "una de las hermanas". Recuerdo aquello de "esta es la menor de las mayores" o no, "esta es la mayor de los pequeños", según la ocasión.

Incluso ahora que ya soy mayor sigo siendo "la mama de" o "la señora de". No sé para qué mis padres se molestaron en ponerme tanto nombre. Ya podrían no haberme puesto ninguno, porque nunca me ha hecho falta.

Cuántas veces he tenido que oír esto de la menor de las mayores o la mayor de los pequeños. Que dicho una vez puede parecer gracioso, pero a la larga te marca, y deja huella.

Solamente en el colegio tuve la suerte de que me llamaran por mi nombre, porque el apellido estaba repetido –si es que se puede llamar suerte–, porque hasta cuando no iba al cole la monja me llamaba para que callara.

Nos gustaba el pueblo, porque cuando íbamos mi madre siempre hacía dulces, para cocerlos en el horno de la hornera. Hacía suspiros de merengue, tortas de naranja y muchas cosas más que luego nos llevábamos a Murcia y los metía en las orzas amarillas, como los caramelos, en el armario del pasillo, que tenía llave –pero la dejaba siempre puesta para que pudiéramos coger cuando quisiéramos, porque mi madre era así–. Algunos dulces tenían unos nombres muy divertidos, como los cordiales, suspiros, mantecados, dormidos... también hacía picardías, y turrón de almendra y caramelo, que estaba buenísimo.

A veces nos dejaba ayudarla a hacer las tortitas. Pero a hacer la masa, que era muy divertido porque metíamos hasta los codos, no nos dejaba porque decía que hacíamos guarradas. A mí me gustaba mucho ayudar a mi madre, porque así aprendía a hacer muchas cosas. Además siempre me decía que lo hacía muy bien... y después le llevábamos las llandas a la hornera para cocerlas y nos dejaba mirar un ratito.

Unas navidades que mi madre estaba haciendo el pavo trufado, se cortó un trocito de dedo y no conseguimos encontrarlo, entre tanta carne. No sé si al final alguien se lo comería. O igual se cayó al suelo y se lo comió el perro. El caso es que no apareció.

Me estoy acordando de una receta de los "cordiales" que hacía mi madre, que son recetas de la bisabuela. O sea, que no son del siglo pasado, sino del otro, y no sé si las medidas van a servir para algo.

Ingredientes:

Una onza de harina

Media libra de almendra

Seis huevos medianos

1/2 cuartillo de aceite

1/2 cuartillo de leche

Elaboración:

Se montan las claras a punto de nieve y se les agrega poco a poco, el aceite y la leche, sin dejar de batirlo. Se añade la almendra y harina la que admita.

–Que hay que ser toda una experta, para saber cuánta es “la que admita”–

Se van poniendo en la llanda con la ayuda de una cuchara y se hace la forma con los dedos. Luego se cuecen con el horno a punto.

–Estaban buenísimos.

También quería explicar la receta de los polvorones, que supongo que se llamaban así porque se hacían polvo cuando los intentabas coger. Mi madre los hacía siempre por navidad y también estaban muy buenos, pero no me acuerdo. Lo siento mucho.

Y los merengues, que les decían suspiros, porque es que te los comías en un suspiro. Pero solo me acuerdo de que llevaban muchísimas claras de huevo, por lo menos 24, con las yemas ya no sé qué hacían.

Los ratones de la despensa.

Cuando abrías la puerta de la despensa tenías que encender la luz y esperar un ratito para que los ratones tuvieran tiempo de esconderse, porque sino, se alborotaban y empezaban a correr despavoridos sin saber dónde ir, y en más de una ocasión, alguno se salió fuera, y fue su perdición, porque el resto de la casa no se la conocían, y después de muchos gritos y carreras conseguíamos cogerlos y acababan en el cubo de la basura.

En esta casa también había una escalera de mármol, con barandilla de madera que tenía un león al final, como la de Murcia. Y además de bajar por ella, nos sentábamos a jugar y a comer caramelos. En esta escalera me abrí la cabeza más de una vez. Una de ellas fue porque jugábamos Celia y yo a que yo era su bebé. Ella se emperraba en llevarme en brazos y como no podía conmigo, nos caímos rodando por la escalera, y ya está, otra vez todo lleno de sangre.

Por lo menos, que me acuerde, me he abierto la cabeza cuatro veces, y no sé si en alguna de esas, se me habrán escapado las ideas...

Los helados del Picolo

Pues resulta que íbamos al Picolo y pedíamos helados y no se tenían que pagar, era una

maravilla. Celia y yo comimos muchísimos helados aquel verano. El Picolo era un bar que tenía una ventanita que daba a la calle para que las niñas pudieran pedir los helados sin tener que entrar al bar –porque las niñas no podíamos entrar en los bares, que estaban llenos de hombres –, y estaba en la calle Boticas, al lado de mi casa. La calle se llamaba así, porque había muchas boticas, que no son botas pequeñas, sino tiendas.

Luego un día nos enteramos que no era gratis que aquel señor se los hacía pagar a mi padre cuando iba a tomar café. Y entonces la cosa no tenía gracia, pero a mi padre le pareció tan divertido que nos creyéramos que era gratis que nos dijo:

Podéis seguir comiendo helados, pero "con moderación".

Sólo que entonces decíamos

–Déme un helado "que mi padre se lo pagará".

Y esto en el pueblo siguió funcionando durante mucho tiempo. Seguramente aún funciona aunque hace tiempo que no lo he probado y ahora me da un poco de vergüenza intentarlo.

Gente del pueblo o los vecinos

En este pueblo estaban Antonio, "el atrañero", y Dolores que eran los padres de Bobicas, el que se cayó de la higuera y se rompió todos los güesos. Y luego Antonio "el tractorista" y Maravillas, con Josefica y otra Maravillas. Eran todos como de la familia y algunos vivieron en la casita del patio, que era como de juguete pero de verdad, con chimenea y todo, pero con los techos muy bajitos que parecía para enanitos.

Al lado de nuestra casa vivía la hornera, que también tenía varios hijos. Uno de ellos muy guapo, aunque un poco presumido. La hornera, ¿cómo se llamaba? Ah, sí ¡Mariana!, Era muy grande y también iba siempre de negro, con la falda muy larga, hasta los tobillos, que si no sabías que era buena habría dado hasta miedo. Pero como era buena nos dejaba mirar como metía el pan en el horno para cocerlo y cuando estaba vacío nos dejaba mirar dentro, y daba un miedo... Era un horno enorme, de leña, con una puerta de hierro que pesaba muchísimo. Y metía el pan hasta el fondo con una especie de pala de madera, con un rabo muy muy largo, que tenías que ir con cuidado porque llegaba al final de la habitación y te podía dar un golpe en la cara y sacarte un ojo. La hornera tenía mucha fuerza y hacía un pan muy bueno. Y también hacía muy bien los pastelitos de mi madre, que le llevábamos para cocer en unas llandas enormes que las teníamos que coger entre cuatro de nosotros, y aún así, alguna vez se nos cayeron todos rodando por la calle.

También había otros vecinos que eran los carpinteros, que tenían dos hijos y luego uno se hizo policía y se fue a Mallorca. Y en la casa de enfrente había otros que tenían un hijo que siempre nos espiaba por la ventana, pero desde dentro, para que no lo vieras. Y es que se debía de aburrir mucho el pobre, porque no tenía hermanos para jugar.

Y había una niña que cuando se le caía dinero al suelo hacía como si no se diera cuenta y hasta si eran veinte duros, ¡que era todo un capital! Y un día me dijo que era porque no veía ni torta y a partir de entonces, yo se lo recogía disimulando para que nadie se diera cuenta de que era cegata.

El castillo del pueblo

En el pueblo había un castillo, como en todos los pueblos, pero más bonito.

Un día fuimos a verlo, subiendo por las calles altas, que casi estaban tocando al castillo y Celia y yo estábamos muy preocupadas por las pobres princesitas que tenían que subir aquellos escalones tan enormes y además, que tenían que pasar mucho frío, porque las ventanas no tenían cristales ni postigos para cerrarlas. ¡Y con aquellos vestidos que llevaban, como los que nos

poníamos nosotras para disfrazarnos y estar guapas!

Luego alguien nos dijo que no era un castillo de princesas, sino de soldados. Y nos quedamos bien desencantadas. Pero no puede ser, porque en todos los castillos había soldados, pero siempre tenía que haber una princesa y éste no iba a ser diferente.



Las verbenas de las fiestas



Las verbenas de las fiestas eran muy bonitas.

En la feria

Ponían todo el paseo con mesas, sillas y una tarima en alto para los conjuntos que venían de fuera. Y la gente se vestía muy guapa y elegante y bailaban bailes de aquellos antiguos. Yo una vez bailé un tango con mi padre, pero daba muchas vueltas y me apretaba mucho y no nos salió nada bien. Luego había un día que era baile de disfraces y nos disfrazamos toda la pandilla de los tiempos del rock y nos hicimos una foto para acordarnos de lo guapos que íbamos.

En la balsa del puente conocí yo a uno de mis cuñados, lo que no sé es dónde lo conocería mi hermana, porque ella era demasiado pequeña y creo que no la llevábamos, porque la balsa estaba bastante más allá del cementerio, casi en el puente del río y teníamos que ir en bici. Recuerdo que era un niño pequeñajo y delgaducho, aunque de aquello, ahora, nada de nada, una vez se sentó en una silla y la rompió, y se hizo un tajo en el culo que le tuvieron que dar un montón de puntos.

Pues resulta que aunque él era un criajo y yo ya era mayor, los dos teníamos la misma edad pero de eso sólo me enteré muchos años después, porque entonces yo no hablaba con críos.

La bici verde

Yo aprendí a montar en bici en la carretera de Murcia, justo delante de la gasolinera de la piscina, con la bici verde que teníamos de toda la vida. Sólo teníamos una bici para todas, que se la compramos de segunda mano a Maruja, la que nos llevaba a Santo Domingo a jugar. O sea, que

teníamos que hacer turnos para montar. Y yo ya sabía ir en bici desde hacía tiempo, aunque casi no me llegaban los pies a los pedales, pero mis hermanas me tenían que sujetar por detrás, cogiéndome del sillín y corriendo porque cuando me soltaban me caía. Bueno, solo me caía cuando me daba cuenta que me habían soltado. O me decían, ¡eh, eh, que hace rato que vas sola! Total, que al final tuve que aprender, porque estaban todas hartas de mí, y Rocío me dijo:

–Ésta es la última vez que te sujeto. Si no aprendes ahora, ya no te enseño más.

Total, que ante tal amenaza no me quedó mas remedio y aprendí. Y es que yo soy así.

A Archena en bicicleta

Lo de Archena fue toda una proeza aunque no nos atrevimos a repetirlo. Nos fuimos, para variar sin avisar, a bañarnos en la piscina, pero había unos veinticinco kilómetros y nos costó muchísimo llegar, porque las bicis de antes no eran como las de ahora, que no tenían ni marchas ni nada. Además no teníamos bicis para todos y nos teníamos que turnar para no cansarnos tanto, porque en cada bici íbamos dos y más de alguna iba llorando, como "la pupas", para variar, que se cansaba.

En la piscina lo pasamos de miedo. Uno que es primo nuestro se tiró desde el trampolín más alto, de cabeza y no acababa de salir nunca, luego resultó que había perdido el bañador y en aquella época ya os podéis imaginar. Yo también me tiré del trampolín, pero de pie y no llegaba nunca al agua y nunca más lo he vuelto a intentar.

Cuando llegó la hora de volver vino a ayudarnos el novio de Luisa, que tenía moto y nos remolcaba un trocito a cada una cogidas de la mano de la que iba de paquete en la moto, que estaba muy bien pero casi acabamos descalabradas.

9 MIS HERMANOS MAYORES

Con esto de tener hermanos mayores y pequeños es como si hubiera vivido dos vidas, como si tuviera dos familias diferentes. En el jardín de las tías, Celia buscaba entre las coles a ver si encontraba en la que según mi madre, la habían encontrado a ella. Y lloraba, la pobre... Creo que quería una mamá para ella sola. ¡No me extraña! ¡Compartir una mamá con tanta gente es una lata! ¡Tocas a muy poquito!

Pan con miel y miel con pan.

Que lista es mi hermana mayor, siempre sabe cómo solucionar un problema. Me acuerdo una vez que, como ya era mayor nos daba de merendar y nos ponía miel en un plato y nos daba un trozo de pan que lo íbamos rebañando en la miel y nos chorreteaba la miel por todas partes. Cuando se me acababa la miel, me ponía más miel y cuándo se me acababa el pan, me cortaba otro trozo de pan. Y así, esto se repitió muchas veces y yo ya no podía más y no había manera de que acabara de merendar nunca. Y entonces cogió el pan que me quedaba y me puso la miel encima y de esta manera pude por fin terminar de comerme las dos cosas a la vez.

Iniciación

Rocío y Carlota solían fumar a escondidas y para esta fechoría yo me asociaba con ellas, porque me daban una caladita de vez en cuando a cambio de hacerles algunos favores. Ellas me hacían recoger las colillas del tío César de los ceniceros y cuando estábamos en el campo me hacían ir a Casas Nuevas, o a Salinas, según estuviéramos en El Puerto o en La Fontana, para comprar un par de cigarrillos "Ideales" y encerrarnos después en las cámaras, donde guardaban el grano, para deleitarnos, entre toses, con el humo de los cigarros que habíamos conseguido con tanto esfuerzo. Ahora no fuman ninguna de ellas dos, después que me engancharon a mí.

Los negocios de Adrián

Adrián, como era el mayor, hacía con nosotras lo que quería. Nos traía y nos llevaba y nos decía que éramos sus borreguitas y él, el pastor. Y nos enfadábamos mucho claro. Pero a él le hacía mucha gracia. Bueno, pues como era muy negociante, siempre estaba montando tiendas de segunda mano y nos vendía las cosas que él ya no quería y entre las ofertas había chicles "poco masticaos" mucho más baratos que de primera mano.

A Adrián le encantaba hacerme rabiar, y yo le decía. ¡Idiota, imbécil, vete a la mierda! Y me liaba a puñetazos con él por menos que canta un gallo. Pero él no me pegaba, porque era muy

bueno, y porque sólo quería divertirse de ver lo fiero que era yo. Pero como se reía, a mí ¡me ponía furiosa!



Adrián

Este es Adrián. Sobre Babieca, en la glorieta de Valencia, cuando yo todavía no había nacido.

Luisa fue la que se llevó la peor parte, porque como era la mayor, tuvo que cargar con el "rigor paterno" y no la dejaban ni a sol ni a sombra. Todos decían que era la más guapa de las niñas, y a mi padre le debía dar miedo que se la llevara el hombre del saco, que por aquel entonces pasaba bastante a menudo por Murcia.



Luisa

Mercedes, dicen que de muy pequeñita, ya sabía leer, y debía de ser verdad, porque se pasaba el día leyendo.

Se leía todas las vidas de los santos y mártires porque siempre ha sido muy formalita y muy buena. Por eso, ella y Luisa se metían piedras en los zapatos, para hacer penitencia, y rompían todos los calcetines.



Mercedes

Rocío siempre separaba los granos de arroz de todo lo demás, antes de comérselo, y los garbanzos, se los comía de uno en uno. Entonces mi padre le decía

¡Más despacio!, con su voz de trueno, y ella lo miraba alucinada pensando que era imposible ir más despacio.

Siempre me pedía dinero prestado, y luego, con las cuentas que me hacía de "tú me debes tanto y yo a ti tanto..." conseguía liarme de tal manera, que yo siempre pensaba que me devolvía de menos.



Rocío

Carlota era muy, pero que muy pidona, y muy comilona. Era la única de todos los hermanos que estaba gordita. Todo lo que llegaba a la casa lo pedía, aún antes de saber lo que era, y si le gustaba o no. ¡Siempre ella lo tenía todo! Aún me resuena en la cabeza aquello de ¡lo pido, lo pido! Y luego, siempre hacía lo que le daba la gana, porque decía... ¿A que lloro y te pegan? Porque como lloraba tan fuerte, los mayores se pensaban que era la mártir. Pero no, lo que era es ¡más fresca que todos los demás juntos!. Aunque conmigo ese cuento no le valía, porque los mayores ya le habían cogido el aire y sabían que era mentira ¡suerte de ser la séptima!

Bueno, con la tía Milagros sí le funcionaba, porque era su niña mimada, que luego nos llevaba a pasear y a ella le compraba dos o tres pasteles y a mí ninguno, porque "yo no me había portado bien".

En la comidas, Carlota cogía la naranja más grande y se la ponía a su lado. Entonces mi padre le hacía dejarla en el frutero, y le decía:

Si cuando acabes no la ha cogido nadie, entonces, será para ti.

Y desde luego que siempre estaba. ¡Cualquiera se atrevía a desafiarla!



Carlota



Celia

Celia siempre se gastaba todo el dinero que le daban y se comía todos los caramelos de golpe.

Cuando se le acababan me pedía mi dinero, y se enfadaba mucho pero yo no se lo daba porque lo quería para mí. Después yo me podía comprar un chambi en Santo Domingo, cuando salíamos del cole, y ella no. Pero siempre le dejaba chupar un poquito. Ella no sabía administrarse, y yo sí.

Por fin lo he dicho todo, y qu'a gusto m'e quedao. Y que s'enfaden si s'atreven!

10 MIS HERMANOS PEQUEÑOS

¡Si los mayores hacían travesuras, los pequeños... paice que haigan nació enseñaos! Como decía siempre Juana Antonia

La piscina en el terrado

No es que hubiera una piscina sino que mis hermanos hicieron una, digamos temporalmente. Un día tuvieron la ocurrencia de organizar un mar en el terrado. Taparon los desagües y abrieron el grifo rato y rato, hasta que se llenó todo de agua. Entonces subieron a sus barcas y empezaron a jugar a piratas. Nos enteramos varias horas más tarde, cuando empezó a chorrear el agua dos pisos más abajo. Y cuando subimos allí estaban ellos, tan entretenidos que tardaron un buen rato en darse cuenta que estábamos allá madre y yo, gritando como condenadas.

El camión de las coca-colas

De esta historia hay varias versiones, y las voy a explicar las dos porque nunca he podido averiguar cuál era la auténtica. El caso es que en las dos Antonio aterrizó en un camión y salió con todas las coca-colas que pudo coger. Digo que aterrizó porque la primera versión es que quiso volar, como Superman, y “salió volando” desde un segundo piso de los de antes. Por suerte debajo había un camión de aquellos antiguos que tenían una lona en el techo. Y para colmo ¡estaba lleno de coca-colas! Yo opto por la segunda versión, que me parece más auténtica, a juzgar por los resultados. Es decir, que sin pensarlo dos veces, bajó, por la vía rápida a buscar las coca-colas que alguien había puesto “a su alcance”.

La merienda de mamá

Una tarde, mi madre estaba invitada a merendar a casa de una señora que vivía en la ventana de enfrente del comedor, justo en la casa de al lado. Cuando pasaron al comedor, después de haber hecho un ratito de visita, las dos señoras se quedaron de una pieza cuando vieron que por la mesa había pasado un vendaval y no quedaba títere con cabeza. La amiga de mi madre se deshacía en disculpas y estaba totalmente azorada porque no entendía que podía haber pasado con la sabrosa merienda que ella había preparado. Mi madre correspondía con cumplidos y se espabiló para salir lo antes posible de aquella casa, pues a ella no le extrañó nada el asunto. Le faltó tiempo para imaginar cual podía ser la causa de tal estropicio. Y mis hermanos tuvieron suerte,

porque a nadie se le ocurrió mirar debajo de la mesa y aprovecharon cuando salió la señora a despedir a mi madre, para salir volando por los tejados.

La visita a los vecinos por el tablón de madera

Esta vez los tejados no estaban tan cerca y tuvieron que recurrir a la solución del tablón de madera para entrar en la cocina de unos vecinos. No sé los metros que habría hasta el suelo, pero aquello se veía muy pero que muy lejos.

No sé si los vecinos se llegaron a enterar algún día, pero estas excursiones eran bastante normales. Era mucho más divertido ir a merendar a casa de los vecinos que bajar a la suya. Bueno, los vecinos si que se enteraron, éramos nosotros los que no lo sabíamos hasta aquel día en que los pillaron a los cinco, merendando en su cocina.



Los nenes, con los primos, en Navidad

A coger lechugas con Antoñito

Antoñito era el hijo pequeño del coronel de la guardia civil de turno, que vivía en el primero, en Murcia. Y era un niño malísimo que siempre estaba en mi casa jugando con los pequeños. Un día se los llevó, digo se los llevó –¡Y no es amor de hermana! – porque fue idea suya, que él era el mayor de los cinco, a buscar una bicicleta que tenía en el cuartel de su padre, en Alcantarilla, que es un pueblo que está cerquita de Murcia, pero a media legua, que así se llama la calle que hay para ir. Y por el camino se perdieron y se les hizo de noche, y como tenían hambre, iban cogiendo lechugas. Al final, cinco niños de nueve a tres años, llamaban la atención a esas horas por la calle y los cogieron unos hombres y les preguntaban el teléfono. Pero ellos no lo querían decir, porque tenían miedo. Y a uno se le ocurrió decirles:

—Pues si no me lo decís, llamo a vuestro padre y le digo que no me lo queréis decir.

Y Lola, que era la única que lo sabía, muerta de miedo ante la amenaza, les dio el teléfono. Y así acabaron seis o siete horas de angustia y de búsqueda infructuosa, otra vez por la guardia civil, ¡claro!

El disparo

Esto también fue cosa de Antoñito. No pasó nada porque Dios no quiso, como se suele decir.

Esta vez al niño bendito no se le ocurrió más que coger una bala de las de su padre. Y la dispararon con una escopeta de aire comprimido, de juguete, claro. El caso es que estaban los cinco niños en la habitación y la bala fue rebotando, de pared en pared, pasando por en medio de todos ellos, que se quedaron mudos del espanto. Y ni siquiera se rompió el espejo, un espejo muy grande que ocupaba media pared y que ahora está en Mazarrón.

Doña Por qué



Paquita

Y por qué haces eso. Y por qué dices eso. Y por qué tienes hambre. Y por qué tienes sed. Y por qué te gusta... etc., etc.

Esta era Paquita. No te dejaba tranquila ni a la de tres, por muchas explicaciones que le dieras ella siempre tenía un porqué. Y al final tenías que acabar con un ¡porque sí! O ¡porque quiero y me da la gana y para algo soy mayor que tú!

Yo nunca me escapé o por lo menos no me acuerdo pero los mayores no me querían llevar con ellos porque era pequeña y con los pequeños yo ya era mayor y veía que no podía ser. Además, me gustaba eso de hacer de mayor y jugar a cuidarlos.

Mi hermana Lola es muy divertida. No habla mucho, pero cuando lo hace te ríes un montón. Dice unas frases muy murcianas y muy del pueblo, cosas así como “hace un sol que raja las piedras” Y luego, cuando algo es divertido dice que es “¡pa mear y no echar gota!”



Lola

Una vez hizo una de las suyas. Estaba en clase y como no la dejaron salir al lavabo sacó los libros de la cartera y sin moverse del sitio, hizo pipí dentro. Pero se le olvidó sacar el catecismo, porque como era pequeño no lo vio. Y fue su perdición porque cuando le tocó sacar el catecismo...

Otra vez que fue a dormir a casa de una amiga, se despertó a media noche y a oscuras en una casa que no conocía no encontraba la puerta del lavabo. No se le ocurrió mas que coger un florero... y no sé si se acordaría de vaciarlo por la mañana.

Y Antonio, que borraba lo que tenía escrito en las libretas, para ahorrar... No es que tuviéramos mucho dinero, pero tampoco era para tanto.

Y como ya se había cansado con tanto esfuerzo, luego ya no estudiaba



Antonio

Carlos, el pequeño, como era el "cabico de tripa", y ya no quedaba mucho para él, salió el pobre enclenque y delgaducho, con la cabeza muy grande, y a menudo se caía de la mesa camilla porque le pesaba mucho más que el cuerpo. Y como caía de cabeza la tenía siempre llena de chichones, y eso que mi madre le ponía miel, con un duro y un pañuelo bien apretao, pa que no le subiera el chichón.

Una vez en Jávea se peleó con un niño mucho más fuerte que él, el otro lo tiró de un empujón y él se levantó muy digno y le dijo amenazante:

—¡Ya verás el año que viene!



Carlos

Después cuando empezó a ir al colegio estaba muy preocupado y decía “mi mamá tendrá que buscarse un hermanito, porque yo ya no podré estar con ella”. Una vez que mi madre se fue de viaje, le mandó una carta que le decía:

“mamá, guapa, te quiero mucho, eres mi perla preciosa, mi rubí, mi esmeralda...

Adiós, mi pesetica rubia. Vuelve pronto”

Y esto de pesetica rubia fue lo que más le emocionó a mi madre, que todavía debe guardar la carta, como uno de sus tesoros más preciados.

11 LAS BODAS DE MIS HERMANOS

La Boda de María Luisa

La primera en casarse fue la mayor, Luisa, se casó en Murcia y todo el mundo lloraba mucho, después me enteré que el novio no le gustaba mucho a mis padres, no sé si porque era un poco bohemio, y estas cosas... ya se sabe. A mí me regaló una pulsera y me caía muy bien.

La Boda de Carlota

Carlota se casó después. Era muy joven y en esta boda ya no lloraban tanto, porque este novio por lo menos era de Mula que ya es otra cosa. Yo ya era bastante mayor pero me hicieron vestir de blanco y hacer de dama de honor acompañando a los novios. – Que vergüenza pasé– después se me manchó todo el vestido de sangre con una verruga que tenía en el codo y me tuve que quitar mi vestidito blanco. Las pequeñas sí que estaban guapas, con un moñito encima de la cabeza rodeado de florecitas, Celia y yo también, íbamos las cuatro iguales llevando la cola y todo eso, las flores, las arras... Mi flamante cuñado, Ginés, se puso un uniforme como de militar, con una banda de color azul que creo que era de su carrera, aunque él no era militar. El convite fue muy divertido, con toda la casa llena de mesas por todas partes y vino todo el pueblo y se lo comieron todo, y se metían por todas partes. A mi madre no le gustó demasiado, decía que eran unos maleducados. Hicimos muchísimas cosas para comer y supongo que sobraron aunque viniera todo el pueblo, porque mi madre siempre hace para que sobre.

La Boda de María de las Mercedes

Luego vino la boda de María de las Mercedes, en la Catedral de Valencia, en vete a saber que año, fue demasiado, un poco más y no se casan... Resulta que la novia llegó tarde, como está mandado, la familia de la novia también y yo claro está, para variar. Los invitados estaban nerviosos y no sabían qué hacer y mi familia desesperada y los novios histéricos. A Mercedes le faltaba poco para llorar si no es que estaba llorando Pero el cura no estaba y no había cura que los casara porque al que le tocaba se le había olvidado y se había ido de excursión y el único que encontraron tardó más de tres cuartos de hora. Al final llegó y acabó con un final feliz. Comiendo

perdices y todo.

La Boda de Rocío

No la puedo explicar muy bien porque no estuve, no me llegó la invitación, ya estaba viviendo en París y cuando me enteré ya se habían casado. Pero me lo han contado. Se casaron en Mula, porque mis padres se fueron a vivir allí por un lío de familia que hubo, y se casaron en el santuario de El Niño, donde íbamos de pequeñas de romería. Por cierto, que en una de esas romerías cogí mi primera trompa. No sé que bebíamos sangría supongo, que la higuera daba vueltas muy deprisa... Aunque la primera no fue esta sino otra vez, en la Fontana, pero eso no toca ahora.

La Boda de Paquita

También fue muy divertido; la celebraron en el casino de Murcia, que es muy bonito y muy lujoso y tiene unos salones muy grandes con muchos espejos, con unas lámparas enormes de aquellas de chupones. Se lo pasaron tan bien que se les olvidó irse cuando se van los novios, y despidieron a todo el mundo y se quedaron ellos solos. Entonces, resulta que todos se habían ido y tuvieron que coger un taxi y cuando fueron a pagar, pues como iban vestidos de novios... ¡no tenían dinero! Pero el taxista fue comprensivo, porque ya vio que la situación no era normal, y como quería cobrar, los llevó a casa de mis padres.

La Boda de Antonio

Antonio se casó en Bullas, con Laura, y tienen un montón de hijos. Lo más divertido de todo fue que a la boda vino su hijo el mayor (el de los dos, claro, que ya tenía cuatro añitos) aunque le habrían podido hacer llevar la cola y aún habría sido más divertido. ...y luego la historia acabó mal, ya lo explicaré en otra ocasión que hoy no quiero .

Las Bodas de los que faltan (Adrián y Lola) no las voy a explicar. Y no es que no fueran bonitas, pero no pasó nada de especial y es que es un rollo ya, ¡tanta boda! Celia y yo no hicimos boda y Carlos, que es el más pequeño, no se ha casado aún. Así que ya explicaré otra cosa, pero la boda no.

Y de las comuniones no me acuerdo casi, debía ser muy pequeña pero he visto fotos. Solo me acuerdo bien de la mía, sé que dije muy bien aquello de... yo prometo a Satanás, a sus pompas y a sus nosequés y prometo seguir en juramento a no sé quién...

12 MIS NOVIETES

En Murcia

No sé si me voy a acordar de todos. ¡Tuve tantos! Aunque algunos no se llegaron a enterar. ¡Era lo más divertido! En Murcia tuve uno, cuando yo tenía doce o trece años, que se venía conmigo a pasear a mis hermanos pequeños a la plaza circular, cuando aún sólo estaba la fuente, y a medio hacer. Nos sentábamos en el borde de la fuente y un día me cogió la mano. Creo que fue el último día que nos vimos... ¿por qué sería?

También tuve otro muy guapo y muy rubio, pero todo se quedó en miraditas y carreras y paseos interminables por la platería. Y luego otro moreno con los ojos azules que era un cielo. Pero tampoco llegó a nada la cosa, aunque ése me hacía más caso.

En el pueblo de mi padre, tuve uno que era muy fuerte y le gustaba demostrármelo. Llevaba a mis cuatro hermanos colgando, dos de cada brazo, calle arriba y calle abajo. Y un día que fuimos de excursión, se pasó la mitad del camino del revés, andando con las manos. También era muy guapo. Este era lo que se dice “un morenazo”.

Y luego los guateques aquellos, que nos sentábamos todas las nenas en fila esperando que nos sacaran a bailar. Después siempre te dolía el brazo, de tanto apretar pa que no s’arrambaran demasio.

Mi noviete de una noche de autobús

Y en Valencia tuve uno que se llamaba Sebastián, que me llevaba al cine cada domingo por la tarde y luego a tomar una fanta y después me acompañaba a mi casa y adiós muy buenas. Y estuvimos todo el invierno así, cada domingo me esperaba en el puente de la Alameda, siempre igual, hasta que llegó el verano y no nos volvimos a ver más.

Fue una pena que acabara así ¡con lo romántico que fue cuando empezó! Lo conocí en un viaje que hicimos a Portugal y nos enamoramos en el viaje de vuelta. Nos pasamos toda la noche explicándonos nuestras vidas. Y no sé cómo nos dio para tanto el tema porque éramos muy jovencitos.

Y después vino otro que no era mi novio pero tenía que irse a la mili y como él no tenía novia, y me daba mucha pena que nadie le escribiera, y yo tampoco tenía a quién escribirle, pues quedamos que haríamos como si lo fuéramos y nos estuvimos escribiendo unas cartas larguísimas y muy bonitas durante todo el tiempo que estuvo en la mili. Pero cuando volvió, se acabó y nunca

más se supo.



Y ya no tuve más novios de éstos.

13 CUANDO FUI MAYOR

En Valencia

Otra vez Rocío y yo casi nos vamos con los de Viva la Gente, que eran algo así como una secta, pero que cantaban para animar a la gente. Vinieron a Valencia y cantaron en la plaza de toros y los fuimos a ver y ¡qué pasada! Nos quedamos flipando las dos. Fuimos a hablar con ellos y nos aceptaron. Y eso que ya he dicho antes que no sabíamos cantar, pero ¡nos atrevíamos a todo! Podíamos hacer cualquier otra cosa, la coreografía o los vestidos, porque yo también sabía coser y Rocío también servía pa un apaño. Creo que íbamos con una canadiense amiga de Rocío, y mía porque nosotras no sabíamos ni francés ni inglés ni nada de nada. Pero el caso es que viajar por todo el mundo cantando era una pasada. Luego no sé que pasó porque al final no fuimos. Bueno, a mi no me dejaron porque era pequeña pero Rocío sí se fue y la dejaron cantar en la plaza de toros de Barcelona. Solo que le dijeron que no cantara, pero que hiciera como que sí. Y luego se volvió a casa cuando se fueron a Francia porque eso de hacer como si sí, pero no... ¡no le acabó de gustar!

En la escuela Diocesana

Lo pasamos de coña. Y eso que me hacían ir vestida de enfermerita por la calle, con capa y todo, y los guantes y el cinturón del mismo color, haciendo juego. En primero rojos, verdes en segundo y amarillo clarito en tercero. Y como es natural, los de tercero siempre estaban sucios. También llevaba una "toca" que era una cosa horrible encima de la cabeza que servía para hacer "mono". Eso sí estaba limpia y almidonada pero yo, para variar, la llevaba como los guantes. Y la profe, aquella alta y delgada, que no sé cómo se llamaba, se enfadaba muchísimo, y eso era lo mejor. Un día, en un arrebato, me la quitó y la tiró al suelo, pisoteándola, mientras gritaba como una loca. "Ahora sí que está sucia, ahora sí que tendrás que lavarla".

Los viernes nos hacían ir a misa. ¡Cosa fundamental para aprobar! Eso ya sí que era demasié, pero Amparo tuvo una idea genial. Organizó un coro de cumbayás y por lo menos cantando se nos hacía más llevadero.

A pesar de todo, en esta escuela tuve mi primera ¡y única! Matrícula de honor, y ni más ni menos que en una asignatura que se llamaba "moral profesional" que la daba un cura. Hicimos un trabajito sobre las drogas, y yo como no había hecho casi nada más me endosaron leerlo, que a todas les daba vergüenza y me tuve que aguantar. Y como es natural, lo hice tan bien como es propio de una artista nata. Así que no me extraña que nos pusieran la matrícula de honor. Ahora, que si el cura se llega a enterar, de en que consistía mi participación... ¡a mi se me cae el pelo! Porque yo del tema tenía un desconocimiento total y absoluto, como es natural en una niña de

buena familia.

Haciendo de bruja

Y luego está lo de cuando me enseñaron a hacer brujerías, pero en serio, nada de bromas, sólo me hace falta una vela y mucha concentración. Y alguna cosa más que no voy a explicar. Yo puedo hacer que pasen las cosas que yo quiera. El problema es que sólo sirve para hacer cosas buenas. Pero entonces yo ya era mayor y de mayor ya no es divertido hacer fechorías. Si de pequeña yo hubiera sabido que era bruja, otro gallo cantaría.

¡Alguna explicación tenía que tener el que me gustaran tanto las velas!

Cuando me ahogué en el río Túria

Yo me he muerto ya dos o tres veces. Sí, sí, es verdad. Y siempre ahogada. ¿Tendrá algo que ver con que yo sea Piscis? Pero esta vez que digo fue la peor porque casi no resucito, me costó mucho, y mi hermana Mercedes casi se muere del susto. Me intentó sacar un chico, pero no pudo, porque casi lo ahogo yo a él. Se quedó agotado, ¡el pobre!

Bajábamos por el río Túria, en una competición de piragüismo, y en un salto de agua que había debajo del puente de los Viveros volcamos, la piragua me dio un golpe en la cabeza y el agua me arrastró debajo de la cascada; no podía salir, pero tampoco me ahogaba. Era muy consciente de que estaba debajo del agua y no sé si respiraba o no, pero no me ahogaba. Creo que entonces debí ver el agujero de luz ese que dicen que ves cuando te mueres, porque yo vi toda mi vida desfilando delante de mis ojos en un momentito y me despedí de este mundo cruel. Al rato me di cuenta que estaba ahogando a un pobre chico, que cuando consiguió librarse de mí salió del agua sin poder sacarme.

Al final me sacó otro chico, que era novio de Mercedes. Por suerte se le ocurrió meter un brazo por debajo de la cascada y yo no desaproveché la ocasión que me brindaban. Entonces salí yo, como si nada, quería seguir en la competición pero mi hermana estaba histérica y había un montón de gente allí apelotonada, mirando, que no daban crédito a sus ojos al ver que salía viva. Total, pensé, si no ha pasado nada. Pero nos tuvimos que ir a casa y disimulando para que no se enteraran. Ah, eso sí, nos dieron una medalla, porque fuimos las únicas féminas que osaron aventurarse a semejante hazaña.

Sin padres

El final de mi infancia o, mejor dicho, el principio de mi madurez fue cuando mis padres se fueron a vivir al pueblo. A lo mejor huían de sus fantasmas, pero los fantasmas seguramente se fueron con ellos, porque con nosotras no se quedaron.

La verdad es que estuvimos muy bien solas. ¿Se nota en la foto?



En la albufera

Nos quedamos Rocío, Celia y yo, porque ya éramos mayores y estábamos estudiando –se fueron al pueblo con los cuatro pequeños–. Mira por dónde esta vez me vino muy bien no ser pequeña, porque a mí no me habría gustado nada ir a vivir allí. El pueblo estaba muy bien para ir de vacaciones, aunque en el colegio se rieran de mí cuando decía el nombre.

14 QUIÉN ES QUIÉN

Mi familia

Aquí, he pensado que os voy a poner una foto familiar de cuando mis padres cumplieron los cincuenta años de casados. Más que nada porque seguro que habéis llegado hasta aquí sin aclararos con quién es quién, y no me extraña, la verdad es que es un lío tremendo.

Se me ocurrió que les podía regalar un cuadro que fuera un retrato de toda la familia y así lo hice, en total secreto. Solamente Mercedes lo sabía porque tuve que recurrir a ella para conseguir fotos más o menos recientes. Fue increíblemente divertido cuando descargamos en Mazarrón el "retrato de familia" delante de los casi cincuenta componentes de nuestra familia.

Todos los sobrinos encontraban a su madre muy fea y a las tías muy bien y a cada hermano le pasaba lo mismo, los otros estaban muy bien, pero ellos horribles. A mi madre le dio un berrinche de verse tan fea. El único que se gustó fue mi padre, que como la foto era de hace veinte años, a pesar de las canas añadidas, se encontró muy favorecido.

Supongo que está claro quién es mi padre. Es ese señor que lleva corbata, que sólo se la ha puesto para las bodas, y no para todas, porque mi padre es muy así, raro para su época. Pero la foto era de la boda de Mercedes, porque nunca le había gustado hacerse fotos y no encontramos otra más reciente, así que hubo que inventar las canas y algunos años de más. Mi madre es esa señora tan guapa que ya se nota que es ella, con cara de buena, a su lado está Carlos, el más pequeño. Al lado de mi padre está Paquita, que también es la más pequeña, pero de las niñas. En la fila de arriba están Antonio y Mercedes, los dos con cara de risa. En el centro Celia, con cara de circunstancias, a su derecha Lola, que la tuve que hacer casi de memoria, porque la foto era tan pequeña como mi uña del dedo pequeño, pero es bastante así. Y la última Carlota, que es la que más me gusta como quedó, aunque ella dice que está muy fea. Encima de ella está Luisa, que es la mayor y a su lado Rocío, que está muy fea. Y ése que está más ancho es Adrián, el que de verdad es el mayor de todos los hermanos. Y yo soy la que queda por explicar, aquella que asoma por la esquina de arriba.

No sé si en la foto se ve, pero por si acaso lo explico. Hay seis hermanos con los ojos marrones y cinco azules, y cinco morenos y seis con el pelo rubio. Y todos muy blanquitos de piel. Y mi padre es rubio con los ojos azules y mi madre es morena con los ojos marrones. O sea

que todo está muy bien repartido. No sé si lo había dicho antes, pero mi padre también es muy guapo y no sé si lo habéis notado, pero yo he salido a él.

Luego hay mucha más gente, pero no salen en el retrato y lo tendré que explicar aparte.

Primero de todo las muchachas, que se llamaban Juana Antonia, Pura y Maruja. Éstas eran las de mi casa. La de mi abuela se llamaba Ginesa. Y aunque tuvo otras, ésta era la que más conocí.

La tía Luisa y el tío Adrián eran los hermanos de mi padre. Y los abuelos de los que hablo son sus padres.



Retrato de familia

De los otros abuelos no hablo mucho, pero es que sólo íbamos de visita y no me acuerdo de nada.

Mi madre tiene diez hermanos, ¡más ella, once! pero esta vez no salen.

Sus tías son todas las tías de su pueblo, es decir, Milagros, Asunción y César, que eran hermanos de su padre. Y también el tío Pepe, el marido de la tía Dolores, la del palacio.

Luego también estaba la tía Lucía, la de las meriendas, que era hermana de su madre. Y de aquí nos vienen todas las virtudes que tenemos, por la rama materna. Al menos eso decía mi madre, que nos salió feminista, la señora.

15 ÚLTIMO, CONSIDERACIONES FINALES

Mi despedida

En la Gran Tasca, mientras tomaba té y un bocata de queso he escrito gran parte de “mi novela”, con el tintineo de los vasos de música de fondo y el ruido de los coches de la calle Balmes. Sólo yo sé la de servilletas que he gastado porque, como me pasaba en las higueras, nunca llevaba nada para escribir.

Y sobre todo, me he reído mucho. O sea, que si no ha de servir para nada más, es igual. Porque con las cosas se disfruta cuando las haces pero quizás más, cuando las recuerdas. Y si no, ¿por qué se casa la gente con vestido blanco y tanta historia? ¡Pues para hacerse fotos y poder vivir de sus recuerdos!

Al principio me venían los recuerdos de golpe, queriendo salir todos a la vez. Ahora me cuesta pensar y no es que no falten cosas por explicar.

He hecho un paréntesis por las vacaciones de Semana Santa, he visto algunas procesiones y he aprovechado para que la leyera parte de la familia. Más que nada para ver si se enfadaban por las animaladas que decía. Sobre todo Carlota, que no la dejo nada bien. Pero no, precisamente ella, Carlos, mi madre y yo acabamos llorando de la risa. Y mi madre iba diciendo entre carcajadas.

–Ay, pero, ¡si es verdad!

Pero la lectora más fiel que he tenido y tendré nunca, es mi hija. Cada día se lo leía todo desde el principio, hasta que la pobre ya se lo sabía de carrerilla. Y al final me decía –mama, perdona pero es que hoy tengo que hacer deberes –. Total, que tuve que cambiar el método para que no se cansara tanto. Es decir, ¡que no se lo volvió a leer nunca jamás!

Para otra ocasión dejaré lo que falta. Porque faltan muchas cosas. Solamente os diré de qué va, para que lo estéis esperando "En candeletas" pero los títulos sí que los tengo, porque a mí ya no me vuelve a pasar esto otra vez.

El título

Nunca se me había ocurrido pensar en lo difícil que es poner un título. He pasado mucho más tiempo con el título que con todo lo demás.

Yo le digo “mi novela”, aunque ya sé que esto, de novela, no tiene nada. Pero bueno, es igual, además, no quiero que tenga final. No me gusta. Los finales siempre son tristes.

Pero sobre todo no tiene final porque no quiero ponerlo. Y además, ¡Quiero tener la voluntad virgen, como mi bisabuela!

Y los títulos que le he puesto de título tampoco están mal, y aún no sé si me he decidido. Igual sería mejor no poner ninguno, y que cada uno se pusiera el que más le gustara. Como cuando vas al cine y acaba mal la película. Vosotros no sé, pero a mí me gusta inventarme otro final más bonito.

Lo haremos al final por votaciones:

La princesa cantora

La séptima hija

La hija de en medio

La menor de las mayores o la mayor de los pequeños

La historia de la familia Martínez contada por la hija de en medio

...Aránzazu y sus hermanos...

Y cada cual... que se quede con el que quiera.

He pensado que podría firmar la novela con uno de los nombres que tuve un verano; Firefly, por ejemplo, que salió de alguna novela. Supongo que no quedaría nada mal... ya veremos. No lo tengo muy claro.

¡Ah!, Y lo de los chupones de la lámpara de la tía Lucía fue por la peli de Polyanna, no sé si la visteis, que fue muy bonita.

Begoña de Valcárcel



Nacida en Valencia de origen murciano, residente en Barcelona.

Séptima hija de una familia de once hermanos. En su ajetreada y larga vida profesional, ha pasado por diferentes etapas, a saber: enfermera, podóloga, geógrafa, pintora, grabadora, escritora...y lo que esté por venir.